

el CORREO de la UNESCO



ENTREVISTA A
SEMBENE OUSMANE

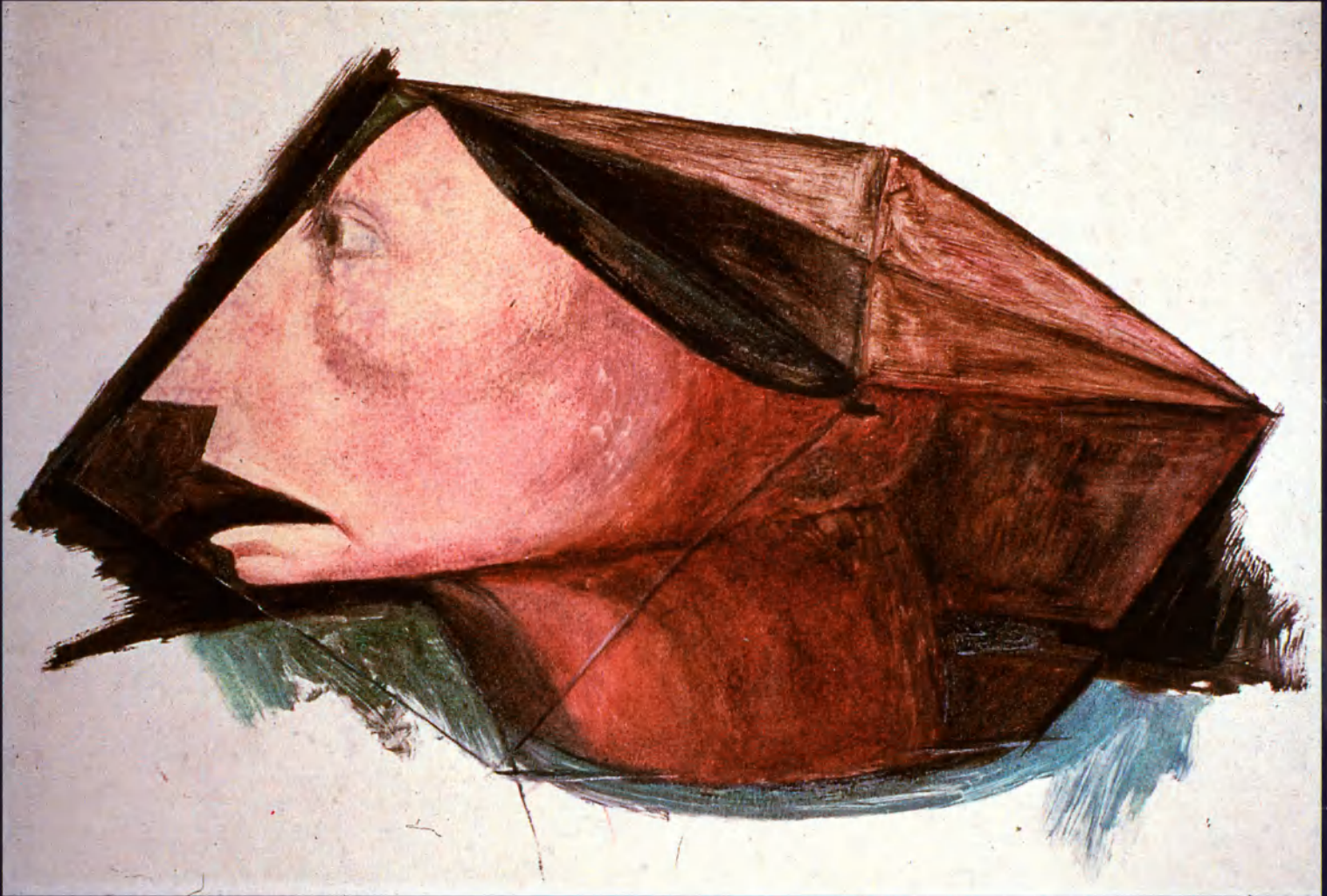


LAS DOS CARAS DE LA MONEDA

ENERO 1990
15 francos franceses
(España: 400 pts. IVA incl.)

confluencias

Amigos lectores, para esta sección "Confluencias", enviémos una fotografía o una reproducción de una pintura, una escultura o un conjunto arquitectónico que representen a sus ojos un cruzamiento o mestizaje creador entre varias culturas, o bien dos obras de distinto origen cultural en las que perciban un parecido o una relación sorprendente. Remítannoslas junto con un comentario de dos o tres líneas firmado. Cada mes publicaremos en una página entera una de esas contribuciones enviadas por los lectores.



El mensajero

1980, monocopia al óleo, 40 x 35 cm.

Refiriéndose a las obras de la pintora argentina Delia Nimo, el crítico francés Michel Conil-Lacoste ha sostenido que "son radiografías de una humanidad viva, apegada a su destino". Y este destino consiste en afirmar los propios orígenes pero siempre en busca de la universalidad. "Para mí, señala la pintora, el tema esencial es siempre el hombre y sus relaciones conflictivas con el mundo."



9

LAS DOS CARAS DE LA MONEDA

NACIMIENTO DE LA MONEDA
por Jean-Michel Servet 10

LAS MONEDAS QUE CRECÍAN EN LOS ÁRBOLES
por Piedad Peniche Rivero 16

LAS VALIOSAS CONCHILLAS DE ÁFRICA
por A. Félix Iroko 21

LOS DINARES DEL CALIFA
por Gérard Krebs 26

BANQUEROS Y FALSIFICADORES
por Lucien Gillard 32

LOS AVATARES DEL BILLETE VERDE
por Jan Kregel 37

PARADOJAS DE LA MONEDA MODERNA
por Ghislain Deleplace 41

Consultora especial para este número:
Marie-Thérèse Boyer-Xambeu, economista y profesora
de economía de la Universidad de París VII.

4

Entrevista a
SEMBENE OUSMANE
El griot del cine africano



45

NOTICIAS
BREVES

46

DIAGONALES

El combate del día
y de la noche
por Abdol-Hosseyn Zarrinkoub

Recuerdo del carnaval
de Luanda
por Domingos Van-Dunem

49

MEMORIA

Una lección de paz
por Howard Brabyn

50

LOS LECTORES
NOS ESCRIBEN

Nuestra portada: los instrumentos monetarios a través del tiempo (colecciones del Museo de la Moneda, París).

Portada posterior: en Singapur se queman fajos de billetes falsos, como ofrendas propiciatorias, en los funerales y el día de Año Nuevo.

Amigos lectores,
La aventura ya no tiene un horizonte geográfico.

Ya no hay continentes vírgenes, ni océanos desconocidos, ni islas misteriosas. Y, sin embargo, en muchos sentidos los pueblos son aun extraños los unos a los otros, y las costumbres, las esperanzas secretas y las convicciones íntimas de cada uno de ellos siguen siendo ignoradas en gran medida por los demás...

Ulises ya no tiene pues un espacio físico que recorrer. Pero hay una nueva odisea por iniciar con urgencia: la exploración de los mil y un paisajes culturales, de la infinita variedad de pensamientos y de sabidurías vivientes, en suma el descubrimiento de la multiplicidad del hombre.

Esta es la odisea que les propone *El Correo de la Unesco* al ofrecerles cada mes un tema de interés universal, tratado por autores de nacionalidades, competencias y sensibilidades diferentes. Una travesía de la diversidad cultural del mundo cuya brújula sea la dignidad del Hombre de todas las latitudes.

Sembene Ousmane

el griot del cine africano

Sembene, uno de los grandes escritores y cineastas de Africa, crea con Borom Saret (1963) el primer filme de ficción realizado por un africano y distribuido fuera de Africa. En su obra aparecen los múltiples rostros de un continente que, apenas salido de la era colonial, debe enfrentar las tensiones de la independencia y la modernidad.

¿Qué supone actualmente ser cineasta en Africa? ¿Qué cúmulo de esperanzas y de dificultades, qué desafíos?

— Un cineasta, sea de cine o de televisión, del mundo de la imagen en suma, posee una herencia muy antigua pero siempre viva: la oralidad. La imagen se identifica con la oralidad en la medida en que se dirige a una masa de personas que, en el Tercer Mundo y particularmente en Africa, no tienen los medios, ni siquiera a veces tiempo, de leer. La imagen es realmente una forma de saltar etapas.

Doy un ejemplo: me gusta hacer cine itinerante. Voy a una aldea y hago una proyección, seguida de un debate. Entonces, a través de lo que mi público ve y oye, y de lo que retiene, yo, creador, aprendo mi utilidad. Una vez que se encienden las luces, se entablan las discusiones, en la plaza pública, en las escuelas... A pesar de los antagonismos políticos y las barreras religiosas, todos están ahí, cada cual con su universo intelectual, y eso es muy importante.

Llego entonces a formular esta pregunta: ¿Por qué tienen ustedes necesidad de artistas? Por lo demás, la planteo también a los universitarios y a los alumnos del último año del bachillerato. La respuesta es que algunos de nuestros intelectuales, en particular los que están comprometidos, esperan del artista propuestas, soluciones, yo diría incluso, no sin ironía, una revolución por interpósita persona. Al oírlos, cabe concluir que el arte existiría para dar respuesta a sus inquietudes.

¿El arte y no la política?

— Pero el arte es política. No se trata de la política circunstancial, por cierto, pero el arte desempeña un papel en la política. ¿Qué es el arte, o la cultura, sino lo que envuelve al hombre, del nacimiento hasta la muerte, de los pañales a la mortaja? Así, en la tradición africana el cine es una realidad que envuelve al hombre en su totalidad.

¿Ocupa el cine esta posición recientemente, con los autores africanos, o la situación se remonta a la época colonial?

— En la época colonial el cine era una distracción para extranjeros. El mundo africano, el mundo negro, sólo existía en él a través de los plátanos, de los cocoteros, y gracias a personajes como los *boys* bondadosos o los servidores sumisos. Pero, desde entonces, los cineastas africanos plantean problemas verdaderos —con dificultades, pero de todos modos los plantean. Entonces la gente comienza a identificarse lentamente con su historia. Y el cine se convierte en una realidad.

¿Llegaría usted a afirmar que el cine es hoy en Africa la expresión artística más fuerte?

— ¡Por cierto! El cine africano permite escucharse a sí mismo. Hay muchas cosas que nadie nos ha enseñado, que corremos el riesgo de perder: con el cine podemos preservarlas y la gente puede verlas.

¿Diría usted lo mismo de la televisión, que no siempre es nacional, ni siquiera africana?

— ¡Si hay un partido de fútbol, el público la mira, si no, va al cine! Algunos seriales tienen un éxito relativo, pero a la larga terminan por aburrir esos vuelcos permanentes... En los diez años transcurridos desde que la televisión existe en Senegal hemos tenido Dallas, Dynasty, Chaka...

¿Interesan al público producciones como Dallas?

— Ciertamente, se trata del éxito, de la *american way of life*... Hay mujeres bonitas, bellos decorados, todo lo que uno detesta, pero también aquello con lo cual se sueña... Es difícil analizarlo de manera lógica. Hay un aspecto inmoral en esas películas, pero la moral ha dejado de pasar antes que el éxito individual. En la época colonial la tierra estaba



ocupada pero el hombre tenía el espíritu libre. Mis padres, mis tíos, aunque fuesen funcionarios, aunque llevaran un casco, o una corbata, cuando volvían a su casa, al seno de su familia, se reintegraban a su cultura y a su universo. Tenían todavía algo que decir a sus mujeres y a sus hijos y a las personas que los rodeaban. Pero la televisión es la ocupación mental. En la casa, en el interior de la vivienda, se introduce otra cultura, una concepción diferente de las cosas. El modelo de sociedad propuesto por los antepasados estalla en mil pedazos. Es sustituido por otro. He ahí el peligro de la televisión.

¿Se trata de algo enteramente destructivo?

— Sí, totalmente. Pues la sociedad africana, enfrentada a ese desafío, no secreta una nueva cultura. Conocemos mejor los cuentos de Perrault que nuestros cuentos tradicionales. En los valles ya no hay narradores. Nuestros hijos van a la escuela a seguir cursos en una lengua extranjera. Cuando salen de ella es para ver con sus padres otros cuentos también extranjeros.

Pero una sociedad no puede retroceder. Entonces, ¿qué hacer?

— Usted me plantea la misma pregunta que los espectadores del cine itinerante, una pregunta laberinto. Habría que saber, en primer lugar, qué quiere cada uno de nosotros. Ciertamente, deseamos la libertad individual, pero ¿para ir hacia dónde, para hacer qué? Cuando existen estados que no son capaces de escolarizar al 75% de sus jóvenes, cuando hay un fuerte desempleo, cuando no hay más trabajo, cuando se producen diversas calamidades... ¿Qué hacer con la libertad? Todo alumbramiento es sinónimo de dolor. Yo no estaba aquí cuando se creó el mundo, pero cuando Alá lo hizo fue seguramente un estallido. Nada se hace sin estallido. De la muerte renace la vida. Se siembran los cereales y se descomponen; un surco en la tierra y germinan. No hay otra solución. Para el pueblo, ser libre es el derecho a hablar y a trabajar. Cada uno tiene su combate y paga en consecuencia.

¿Y qué dice ese pueblo?

— Espera que se hable en su nombre. Usted sabe que la herencia del Africa negra es una carga muy pesada. Apenas habíamos comenzado a formar estados, aun embrionarios e imperfectos, cuando tuvimos la esclavitud, la trata en la que ciertos negros, por lo demás, participaron. Hubo jefes negros que fueron cómplices, durante cuatro o cinco siglos, de esa monstruosidad. Luego se produjo la colonización. Tal vez lo peor que pudo ocurrirnos. Los colonizadores formaron a algunas personas, pero eran auxiliares incapaces de gobernar por sí mismos. ¡La presencia del amo se había convertido en una necesidad! Por último, luchamos por la independencia. No sabíamos lo que era. Ni siquiera sabíamos quiénes éramos. Teníamos un territorio común, pero culturas diversas. Dentro de cada perímetro geográfico convivía





una multiplicidad de culturas. En su lugar, estamos creando una nueva cultura, pero a partir de una lengua que no es la nuestra. Es todavía más grave.

¿Es en ese momento cuando el artista toma la palabra?

— Sí, en ese momento su papel es importante. Las gentes lo escuchan, esperan que les hable. Ningún creador tiene tanta responsabilidad frente a la historia como el novelista y el cineasta. Y en ese aspecto, retomamos una antigua tradición africana: el griot. Todo el mundo sabe que el griot es tonto: en todas las aldeas hay un idiota que se atreve a decir en voz alta lo que los demás no hacen más que murmurar en la soledad de sus casas. La gente se ríe, pero reconoce que en el fondo el loco tiene razón.

Antes existían los griots; ahora hay artistas y cineastas. ¿No es alentadora esta transmisión de símbolos? Después de todo, no es posible esperar que del desorden nazca, de repente, una democracia perfecta...

— En la democracia no es el artista sino el pueblo el que debe hablar. En el pasado existía el poder y la sabiduría de los ancianos. Ahora se ha invertido el orden. Los ancianos ya no son depositarios del saber. Ya no se les escucha. Lo que dicen la radio, la televisión y el cine no viene de ellos. Es un desgarramiento. Es para volverse loco. Yo afirmo que el único medio de ser feliz aquí es volverse loco.

Los desafíos que enfrentan los países del Tercer Mundo son múltiples. ¿Se sitúa usted entre los que piensan que esos desafíos provienen sobre todo del exterior o entre los que creen, por el contrario, que emanan del interior mismo de la sociedad?

— En el exterior tenemos adversarios pero también tenemos aliados. Yo diría que los enemigos de África, sus enemigos permanentes, se encuentran en el interior. Para ir hacia adelante, debemos resolver nuestros propios asuntos y contar, en primer lugar, con nosotros mismos. En el fondo, tenemos tres prioridades: curar nuestros males con nuestros propios medios, aunque sean limitados, desarrollar la escolaridad y dar trabajo a la población.

¿Y la libertad de palabra?

— La discusión colectiva es un deber en África. Todos los jefes de familia deben participar en ella. Cada uno representa a su clan, a su casa. Y debe hablar, so pena de ser mirado como un cobarde. También debe escuchar. Hay una tradición muy bella en la discusión colectiva; cuando un hombre ha terminado de hablar, el decano dice: "Hemos oído tus palabras y comprendido lo que no has dicho". Por cierto, hoy en día, en una democracia, los problemas se plantean a otro nivel. Es cada ciudadano el que debe expresarse. Y lo que está en juego no es lo mismo. Pero la práctica de la discusión colectiva abre vías y sugiere formas de organización...







MUY temprano en la historia de la humanidad se hizo sentir la necesidad de contar con un instrumento monetario que sirviera de intermediario en el canje, de medida y de reserva de valor. Según las regiones y las épocas, los soportes materiales de este instrumento fueron muy variados: plumas, conchillas, granos de cacao, oro o plata, billetes de papel. Sus funciones también se diversificaron; la moneda permitió contar, pagar y ahorrar, pero también expresar el precio de los bienes y el valor de los servicios, y saldar las deudas. Por último, acabó por traducir el grado de confianza que se depositaba en la organización social de la comunidad.

Pero si bien la moneda resuelve ciertos problemas, a su vez crea otros. Genera sus propias paradojas. Así, instaura un espacio social homogéneo y coherente —el mercado— pero origina dentro de ese espacio desigualdades, es decir una jerarquía económica. Define la riqueza y, de manera indisociable, la pobreza. Se convierte en un atributo del poder, pero también en un medio de impugnarlo. Establece las fronteras de un territorio monetario, para abrirlo de inmediato a los mercados internacionales...

Vilipendiada por los moralistas, rechazada por los utopistas, ignorada a veces incluso por los economistas, la moneda está sin embargo omnipresente en nuestra realidad cotidiana. Al facilitar el intercambio y liberar la economía ha contribuido a algunos progresos decisivos de la civilización. Nuestro propósito es exponer aquí algunas de las grandes etapas que han jalonado su pasado a fin de comprender mejor el papel que desempeña en el presente.

*Banqueros italianos
del siglo XIV, fresco del
pintor florentino
Niccolo di Pietro Gerini,
1395.*

Nacimiento de la moneda



Desde tiempos inmemoriales circulan bienes valiosos: las monedas primitivas. Con ellas se inician las prácticas del intercambio y se establecen las bases de la vida política y social.

POR JEAN-MICHEL SERVET

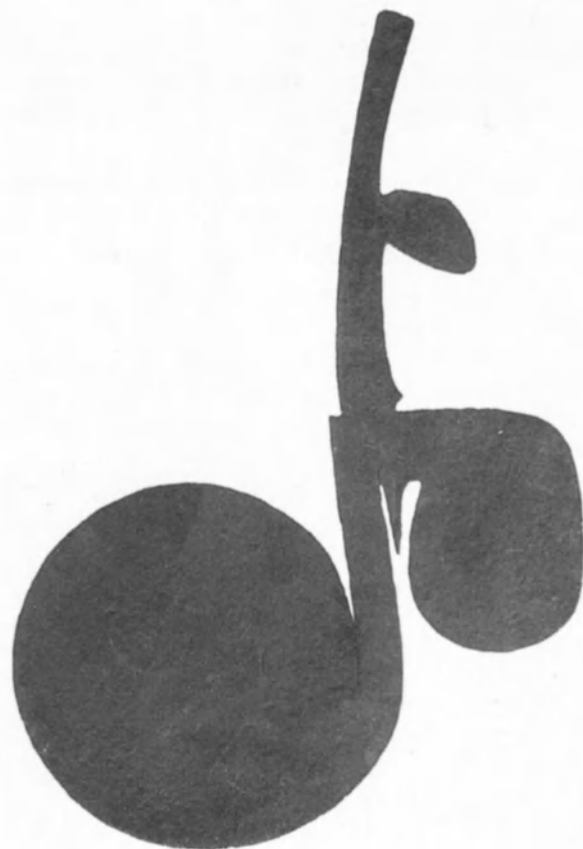
COLLARES o brazaletes de conchillas, de perlas, de dientes, de huesos o de plumas, trozos de piedra o de metal, piezas de alfarería o tejidos, objetos de formas y materiales sorprendentes: todo eso es lo que se encuentra bajo la etiqueta de *monedas antiguas* en las colecciones de numerosos museos, como en los libros y las revistas de etnografía, de prehistoria y de arqueología.

Otros objetos, aparentemente análogos, se califican de adornos o de joyas, sin que haya no obstante suficientes elementos de juicio para afirmar que cumplen una función de aderezo y no de moneda. Sus modos de conservación, que hacen pensar que eran muy valiosos para sus poseedores, y sus características físicas, que no permiten un uso directamente utilitario, han inducido tal vez a los arqueólogos y estudiosos de la prehistoria a atribuir una función meramente decorativa a riquezas primitivas que eran también, en realidad, instrumentos monetarios.

Un hecho universal

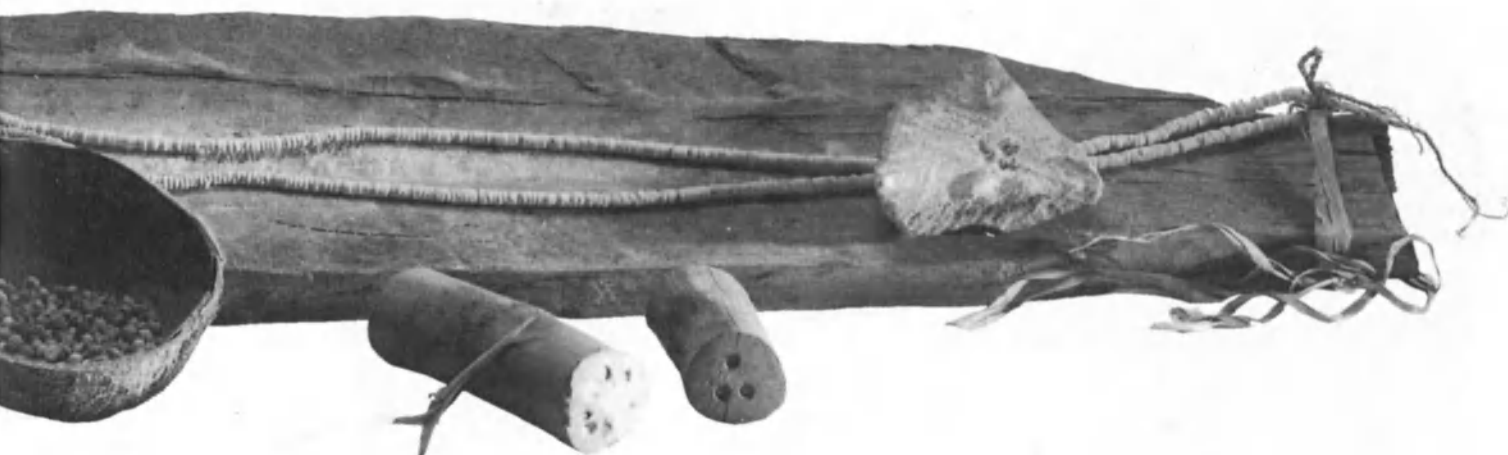
Aristóteles afirmaba ya, hace más de dos mil años, que antes del empleo de las monedas, los hombres se hacían donaciones (*metadosis*) para intercambiar lo que faltaba a algunos y abundaba entre los otros. Los etnólogos han descrito relaciones complejas de intercambio —el *kula* del Pacífico occidental, el *bilaba* y el *malaki* de Africa central o el *potlach* del noroeste de América— en sociedades muy antiguas pero ya bastante jerarquizadas.

Las monedas, como las relaciones jerárquicas y de dominación, no son por consiguiente inventos modernos: forman parte ya de sociedades más antiguas —más arcaicas podría





Página de la izquierda, hierro forjado en forma de cuchillo arrojadizo utilizado como moneda, procedente de la República Centroafricana. A la izquierda, wampun: objeto confeccionado con tiras de cuero y perlas de nácar talladas en conchillas de mar que utilizaban los indios de América del Norte en sus transacciones con los blancos durante los siglos XVII y XVIII. Abajo, conjunto de objetos empleados en Melanesia para fabricar las monedas-concha.



afirmarse— que las civilizaciones de la cuenca del Mediterráneo, del Cercano y del Lejano Oriente o de América Central. La circulación de bienes preciosos dentro de esas comunidades, así como entre ellas, parece ser un hecho universal, que prefigura en cierto modo la moneda propiamente dicha, en su doble función de medio de pago y de cuenta.

Pero en ese caso tales funciones esenciales no son todavía puramente económicas: dependen de las relaciones de parentesco y de las alianzas políticas, de las creencias y de los cultos que intervienen en la renovación de las fuerzas de trabajo, organizan la producción y justifican la repartición de las riquezas.

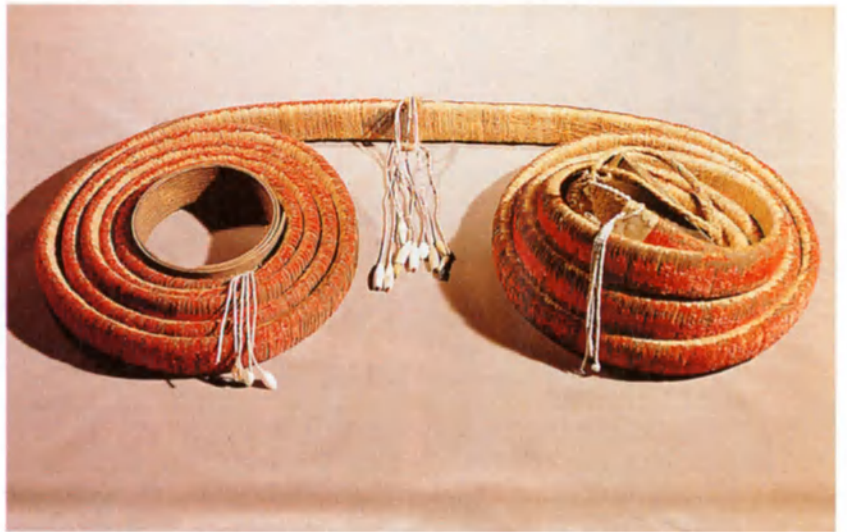
Las monedas o, mejor dicho, las *paleomonedas*, son los instrumentos activos de esta vida social. Regulan los nacimientos, las bodas, los duelos, y sirven para declarar la guerra o hacer la paz, para compensar perjuicios físicos o morales, así como para dialogar con las divinidades titulares de la fecundidad o de la muerte. En cambio, no permiten todavía extinguir una deuda, comprar bienes o adquirir fuerza de trabajo.

Pero las paleomonedas presentan características de escasez y de inutilidad análogas a algunos soportes monetarios contemporáneos. Anticipan la naturaleza económica y política de las monedas modernas: económica, pues codifican actividades y riquezas como unidades de cuenta y prefiguran, en su uniformización, la de los actuales medios de pago; política, pues expresan, actualizan y reproducen las relaciones de poder y de jerarquía entre los individuos y los grupos.

Lejos del trueque

Los intercambios de las sociedades comunitarias son pues mucho más complejos que las prácticas rudimentarias que representa el trueque.

En primer lugar, los productos de intercambio recorren grandes distancias desde tiempos muy antiguos, como se desprende de las huellas materiales que han dejado materias no perecibles como el ámbar y la obsidiana. Algunos de esos productos se han encontrado a cientos de kilómetros de su lugar de origen —del sur de Australia a las costas septentrionales de Nueva Guinea, del mar Negro a Polonia y Renania. Ya en el Paleo-



Arriba, moneda de plumas (Melanesia): larga cinta de fibra decorada con plumas rojas y conchas enteras o talladas. A la derecha, atado de varillas de hierro procedente del Congo (fines del siglo XIX).



lítico superior, el hombre de Cro-Magnon en Eyziés (Dordoña) conoce las conchas que vienen del océano Atlántico, a 200 km de ese lugar.

Posteriormente, cada sociedad produce para poder intercambiarla una mercancía determinada (hachas de piedra, barras de sal, objetos de alfarería, capas de corteza) que se convierten en el medio de pago de la producción de otros grupos.

Por último, dentro de esas mismas sociedades, hay grupos que se especializan en las funciones intermediarias de los intercambios de mercancías y que recorren para hacerlo decenas, incluso cientos de kilómetros.

Se está, por consiguiente, lejos del trueque, en el que las mercancías hacen las veces de medios de pago recíprocos, sin intermediarios de intercambio. No obstante, el desarrollo de la función de cuenta es todavía limitado pues el precio relativo de los bienes intercambiados no se concibe como una relación objetiva sino, en primer término, como una relación social entre individuos y comunidades. Por consiguiente, el motor del desarrollo monetario no es todavía el mercado.

Las primeras monedas

El fenómeno monetario surge con el desarrollo de los estados, que deben administrar los excedentes obtenidos gracias a la explotación de los esclavos, los siervos o los campesinos, al control de los intercambios a grandes distancias o al saqueo de los pueblos vecinos. Es necesario evaluar los tributos, los impuestos y las contribuciones, normalizar los modos y los medios de pago en los mercados y puertos comerciales.

Dentro de la diversidad de soportes monetarios de las sociedades antiguas —tejidos y granos de cacao en los imperios maya y azteca, cauris y oro en los reinos de África occidental, estacas largas en las ciudades griegas, lingotes de hierro entre los hititas, cebada y trigo en Mesopotamia, trigo y cobre en Egipto, mijo y tejidos en China— las monedas merecen particular atención a causa de la perennidad de su empleo.

En un principio, las monedas no son sino un tipo determinado de moneda metálica. En China, por ejemplo, antes de la difusión de las monedas e incluso después de su aparición a fines del siglo IV antes de nuestra era, circularon objetos con



De arriba hacia abajo,
"Guerrero entre dos bueyes",
octadracma macedonia
(principios del siglo VI a.C.);
"Caballo de Mende",
estatera macedonia de plata
(siglo V a.C.); anverso y
reverso de una tetradracma
cartaginesa de plata (siglo IV
a.C.); anverso y reverso de
una decadracma procedente
de Siracusa (hacia 400 a.C.);
"Carneros de Fócide",
estatera griega de plata
(hacia 479-470 a.C.).





forma de laya o de cuchillo. Las primeras monedas se acuñan a partir del siglo VII a.C. en Asia Menor y en Grecia, donde algunas ciudades utilizan todavía estacas largas. Más o menos en la misma época, y hasta la llegada de la moneda en el siglo IV a.C., en la India se emplearán pequeños cuadrados de plata muy delgados perforados con motivos diversos.

La influencia de Grecia

Las ciudades griegas ocupan en la historia numismática un lugar muy destacado. Su tradición numismática se transmite a lo largo de los siglos, directamente o a través de filiaciones complejas, a todo el planeta. Siguiendo las huellas de Alejandro Magno, cuyas tropas se apoderan de los tesoros metálicos acumulados por los potentados del Cercano Oriente y los transforman en moneda, esa tradición se difunde considerablemente en torno al Mediterráneo.

Después de haber utilizado lingotes de bronce de inspiración etrusca, Roma acuña sus primeras monedas en el siglo III a.C., bajo la influencia de las ciudades griegas del sur de Italia, y la colonización romana origina posteriormente un auge de la actividad numismática sin parangón hasta la expansión colonial europea del siglo XIX y de principios del siglo XX.

Más allá de las fronteras orientales del imperio romano, los sasánidas perpetúan, entre el Jurasán y la Mesopotamia, una práctica numismática que

Arriba, distatera de oro acuñada durante el reinado de Alejandro Magno (336-323 a.C.) en la que aparece la diosa Atenea con un casco corintio. A la derecha, monedas romanas y bizantinas de oro. Página de la derecha, "El laberinto de Cnosos", estatera griega de plata (hacia 450 a.C.).





denota una fuerte influencia helenística — transmitida por los partos, cuyo imperio, fundado entre los siglos III y II a.C., se extiende en su apogeo del Eufrates hasta Afganistán. Esta tradición helenística influye también en las primeras acuñaciones islámicas, en tanto que la tradición romana se perpetúa en la cristiandad europea.

Lo mismo ocurre con la India, que experimenta por oleadas sucesivas la influencia directa o indirecta de Grecia, al llegar las tropas de Alejandro, luego por sus contactos con el imperio romano y, finalmente, las colonizaciones musulmana y europea.

Una dimensión política y social

En todas esas civilizaciones las monedas no se consideran de entrada como un instrumento monetario superior a los demás medios de pago reconocidos. Coexisten durante mucho tiempo con estos últimos. Piezas redondas de metal mejor o peor estampadas, su forma autoriza los usos más diversos. Su intercambio representa más que una simple transacción comercial: puede simbolizar también una donación recíproca, incluso un tributo.

Así, las primeras monedas de las ciudades griegas no se han emitido para las necesidades inmediatas del comercio: su valor en el mercado es demasiado alto para la adquisición de bienes de consumo corriente. Para los intercambios distantes, que se hacen esencialmente por vía marí-

tima, son las propias mercancías las que hacen las veces de medios de pago. ¿Cuál es entonces, al principio, la función de esas monedas? Aparecen como un instrumento necesario para regular las relaciones internas y externas de las ciudades: tienen sobre todo carácter político y religioso.

Sin embargo, esta doble función no limita su destino mercantil: el propio metal de que están hechas es objeto de intercambios a grandes distancias desde tiempos muy remotos. Y el comercio antiguo reviste una importante dimensión política y social. La flexibilidad que permite la utilización de este peso de metal fragmentado y su difusión en sociedades de costumbres muy diversas, lo convertirán progresivamente, en el mundo antiguo, en el instrumento por excelencia de las transacciones comerciales y del pago de los impuestos.

Acuñadas con la efigie de los dioses y de los poderosos, las monedas conservan ese carácter político esencial hasta la época romana, en la que se emiten con ocasión de grandes acontecimientos —juegos deportivos o movimientos de ejércitos. En cuanto a sus funciones en los sacrificios y rituales, tampoco desaparecen: como ofrendas propiciatorias, hasta nuestros días se sepultan monedas en los cimientos de los edificios y los puentes, se lanzan a las fuentes, se ofrecen como símbolo de la alianza contraída a través del matrimonio o se colocan en la boca o la mano de los muertos, que se llevan así al más allá los ritos de pago del mundo de los vivos. ■

JEAN-MICHEL SERVET es un economista francés especializado en las paleomonedas. Es autor de *Nomismata: état et origines de la monnaie* (Nomismata: estado y orígenes de la moneda, 1984) y de *Idées économiques sous la Révolution: 1789-1794* (Ideas económicas durante la Revolución: 1789-1794).



POR PIEDAD PENICHE RIVERO

Las monedas que crecían



Codiciado por ser escaso, pero suficientemente abundante para no faltar, el cacao, poseedor de los atributos del dios Quetzalcóatl, es la moneda prestigiosa de la América precolombina.



Arriba, escultura maya que representa a un guerrero. A la izquierda, Quetzalcóatl y su compañera, ilustración de un manuscrito azteca (Codex Borbonicus).



EN el siglo XVI, cuando los conquistadores españoles llegaron a México, los granos de cacao hacían las veces de moneda. Los cronistas lo consignaron con asombro: el dinero crecía en los árboles.

Por aquel entonces existían tres grandes regiones productoras de cacao: la de Chontalpa y Soconusco (México) y la región del río Ulúa (Honduras). La producción y la circulación de cacao así como su consumo estaban fuertemente controlados por los nobles y los mercaderes del valle de México y de Yucatán. Los bajos rendimientos del cultivo y las dificultades del transporte incrementaban el costo social del cacao y, en consecuencia, su precio.

Como otras monedas primitivas, el cacao no cumplía todas las funciones propias de un instrumento monetario. Así, si bien era el principal medio de intercambio, tanto los aztecas como los mayas utilizaban como medida de valor la manta (*quachtli*), pieza de algodón que representaba una cantidad determinada de fuerza de trabajo, es decir, de valor. En Yucatán la manta equivalía a 450 horas de trabajo. Aunque no conocemos el equivalente en horas de trabajo de la manta del tributo azteca, sabemos, en cambio, que su valor en cacao era de 100 granos aproximadamente, según las fluctuaciones de la producción.

Puede afirmarse, entonces, que el valor (en fuerza de trabajo) de la mayoría de los bienes que circulaban podía expresarse en cacao, mientras que el precio de éste sólo podía fijarse en mantas,

en los árboles



Arriba, pirámide de Kukulcán conocida como "El Castillo", en Chichén Itzá, una de las grandes metrópolis de la civilización maya-tolteca, al norte de Yucatán. A la derecha, árbol de cacao (*Theobroma cacao*). En el extremo derecho, piña de cacao abierta.



cuyo valor era invariable. La imposibilidad de fragmentar la manta y la consiguiente necesidad de un circulante daría origen al uso "monetario" del cacao y determinaría la conversión recíproca entre el cacao y la manta.

Con el cacao los antiguos mexicanos preparaban una bebida ceremonial cuyo consumo estaba restringido a los nobles y los guerreros: el chocolate. Una fuerte restricción pesaba sobre el consumo de cacao, y los plebeyos sólo podían beber pulque, bebida alcohólica obtenida del maguey. Este tabú reforzaba el poder de la nobleza pues al chocolate se le atribuían propiedades mágicas: era el alimento de los dioses.

Tal vez se asociaba el chocolate con la sangre de los sacrificios humanos que se ofrendaban a los dioses, y específicamente con el sacrificio consistente en arrancar el corazón de las víctimas en honor del dios Quetzalcóatl-Kukulcán (la serpiente emplumada).

Según los mitos mexicanos, Quetzalcóatl, "jardinero del paraíso", introdujo el cultivo del cacao entre los hombres cuando vivía en Tula y al marcharse hacia la costa enterró el "dinero" que circulaba entonces: conchas, plumas y piedras preciosas. Se revistió entonces a la moneda-cacao de los atributos mágicos del dios que le había dado origen.

Los aztecas fueron el último grupo que se enseñoreó en el valle de México. Este floreciente

imperio, fundado en la dominación de los pueblos que hasta entonces se habían disputado la posesión del valle, debía su prosperidad al tributo de 38 provincias. Entre ellas la de Soconusco, que, según el código Mendoza, tributaba 400 cargas de cacao de las 980 cargas que consumía el Estado.

El valor de cambio del cacao en la sociedad maya

El cacao circulaba desde almacenes especiales, llamados "casas del cacao", hasta los templos y cuarteles militares, que representaban la grandeza imperial de México-Tenochtitlán y sus ciudades aliadas y donde según los cronistas los soldados aztecas consumían grandes cantidades de chocolate.



moneda, y con ésta solían comprar esclavos u otras piedras más finas y buenas...”

El incremento de la producción de cacao, gracias a los esclavos mayas de Yucatán y también mexicanos, favoreció probablemente la circulación de cacao entre las clases bajas, siempre bajo el control de la nobleza. Diversas crónicas coloniales y etnográficas señalan que el cacao se empleaba como ofrenda y donación en los ritos de pasaje, como bodas y funerales.

¿Qué papel cumplía el cacao en la acumulación de riqueza? Los granos de cacao tenían que consumirse en el plazo de un año o poco más. Pero las diferentes estructuras sociales de los aztecas y los mayas determinaban también comportamientos diferentes al respecto. Así, en el valle de México, los comerciantes tenían que mostrarse muy discretos para no ofender al emperador con sus riquezas. Por eso, según fray Bernardino de Sahagún, vestían humildemente, incluso con mantas rotas. La codicia de la nobleza obligaba a los comerciantes pochteca a consumir su cacao en grandes cantidades, a ofrendarlo en los templos o a entregarlo como donación.

En México, el cacao estaba ligado al prestigio y simbolizaba una posición social. En cambio, entre los itzaes de Yucatán la riqueza de cacao, de la que hacían alarde los grandes señores con sus numerosos esclavos y sus palacios decorados con gran refinamiento, servía también para estimular la producción ya que podía invertirse en cultivos comerciales y en la adquisición de mano de obra. Probablemente por esa razón los españoles conservaron el uso monetario del cacao en Yucatán y sustituyeron la manta por el real, la moneda española, como medida de valor, en relación siempre con las fluctuaciones de la producción de cacao.

Pero todavía en pleno siglo XIX el cacao se utilizará para pagar salarios en Yucatán y otras regiones de América Central, como se desprende del testimonio del viajero norteamericano J. L. Stephens en 1842: “Noté (...) que los granos de cacao circulaban entre los indios como moneda. En Yucatán no hay moneda de cobre ni ninguna menor que la de medio real (...) Como los salarios de los indios son cortos y los artículos que compran son realmente necesarios para la vida... estos granos de cacao o partes fraccionales de un medio forman la moneda más usual entre ellos.” ■

PIEDAD PENICHE RIVERO,

antropóloga y arqueóloga mexicana, ha sido profesora de la Facultad de Antropología de la Universidad de Yucatán, México. Es autora de numerosas publicaciones sobre los mayas y los itzaes, incluido un estudio sobre los granos de cacao como riqueza y símbolo de poder.

Entre los mayas, a diferencia de la sociedad azteca, la elite política coincidía en general con la elite comercial y el cacao entraba en la vida social gracias al comercio y no como tributo.

En Yucatán el intercambio de cacao convergía con una producción equivalente de mantas, lo que ponía en relación de valor a todas las mercancías, incluso ciertas tierras cuya producción se enviaba al mercado (tierras-pakal). De la necesidad de utilizar mano de obra de las comunidades campesinas nació la esclavitud productiva: los hombres se compraban y vendían por cacao. Según Diego de Landa, el cronista de los mayas de Yucatán, “el oficio a que más inclinados estaban (era) el de mercaderes, llevando sal, ropa y esclavos a tierra de Ulúa y Tabasco, trocándolo todo por cacao y cuentas de piedra que eran su



Las valiosas conchillas de Africa

Cauris, marginelas y olivas han tenido una larga trayectoria monetaria.

POR A. FÉLIX IROKO

DESDE tiempos remotos hasta el siglo XX son numerosos los objetos que se han utilizado como moneda en el Africa subsahariana: varillas o pulseras de metal, ciertos paños, sal, perlas, botones de camisa, conchillas. Estas últimas alcanzaron una enorme difusión y, entre todos los intermediarios de cambio, les correspondió la zona de circulación más extensa.

Las conchas de cauris, marginelas y olivas, moluscos de origen marino, fueron las que se destinaron más corrientemente a este uso. Los cauris (*Cypraea annulus* o *Cypraea moneta*) son conchillas de color blanco o amarillo claro del tamaño de una almendra. La valva dorsal es convexa y la ventral presenta una hendidura. Se encuentran exclusivamente en mares cálidos, en particular en el Pacífico Sur y el océano Indico. La mayor parte de los cauris que circularon en Africa durante más de mil años provenían de los

A la izquierda, un grupo de muchachas con cintillos de cauris en la cabeza, en la provincia de Karamoja, en Uganda nororiental. Abajo, cuaris trenzados en una cuerda de fibra en Papua Nueva Guinea, que se utilizaban como adorno o como moneda.





archipiélagos de las Maldivas y las Laquedivas, al sudoeste de la India, y de las islas Zanzíbar y Pemba, frente a la costa oriental de Africa.

Los cauris, que partían como mercancía de su lugar de pesca o de recolección, a menudo servían de lastre en las embarcaciones árabes, judías o europeas que los transportaban hasta los puertos del continente africano, donde nuevamente se vendían como mercancía.

Las marginelas (*Marginella* o *Marginellidae*) son moluscos marinos de concha pequeña y coloreada, sobre todo si provienen de las costas occidentales de Africa. Se las encuentra también en las regiones marinas intertropicales de América, en particular en Brasil.

Brillantes como ágatas y más alargadas que los cauris, las olivas comprenden más de 300 especies. La más utilizada como moneda en el Africa subsahariana es la *Olivancillaria nana* que se recoge en las cercanías de la isla de Luanda, "yacimiento monetario" exclusivo de los reyes del Congo hasta la llegada de los portugueses a la región a fines del siglo XV.

La zona de circulación de las monedas-concha

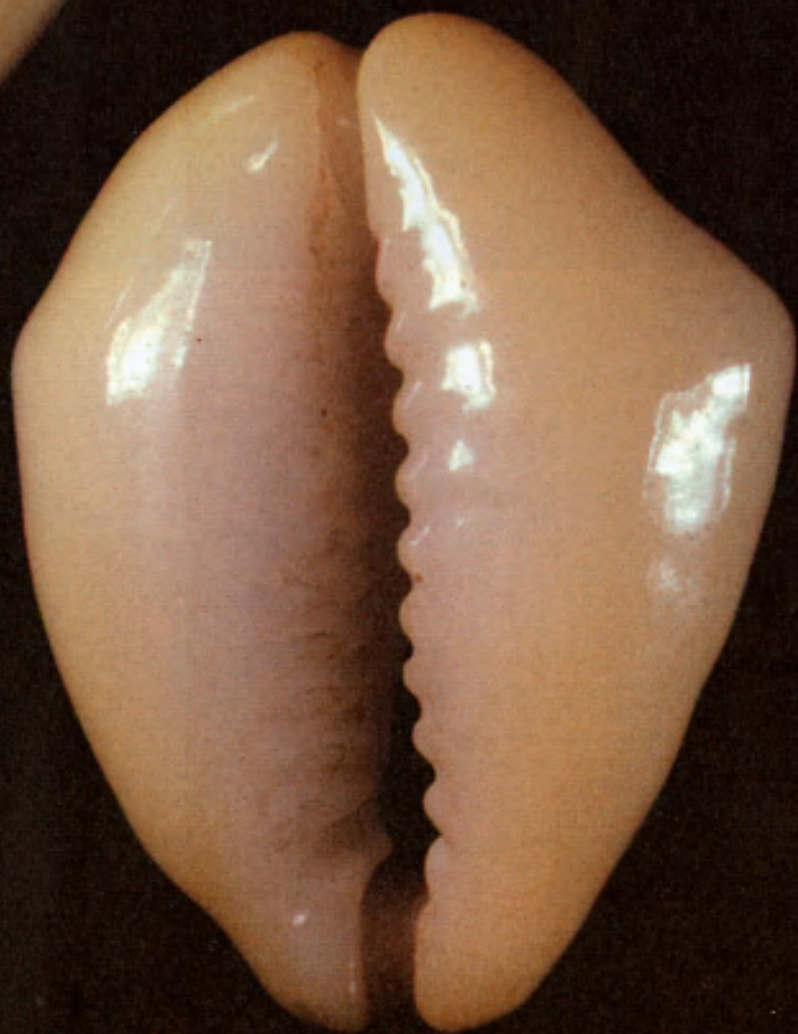
Hasta el siglo XVI, el *nzimbu*, nombre ki-kongo de la *Olivancillaria nana*, circulaba en el reino del Congo y la marginela sólo en la cuenca del Níger, mientras que el cauri se había difundido en la región que será más tarde el Africa occidental y, en cierta medida, en el Africa central.

Entre el siglo XVI y finales del XIX, de Senegal a Uganda, del Sahel a la Costa de los Esclavos (golfo de Guinea), el cauri alcanzó una difusión que no fue superada por ninguna otra moneda-concha. Sin embargo, fue muy poco utilizado en el Sahara y no llegó a implantarse ni en Africa del Norte ni en el Africa austral.

Este periodo marca también el apogeo de la circulación de las marginelas en el Africa occidental y central, donde las etnias de la cubeta congoleña las utilizaban para sus transacciones comerciales.

En cuanto a las olivas, que fueron siempre de uso exclusivo de los bantúes, no parecen haber circulado fuera de las fronteras congoleñas. Para arruinar a los reyes del Congo, los portugueses trajeron desde las costas brasileñas otras especies de olivas, así como cauris del océano Indico. De ese modo, se logró retirar paulatinamente el *nzimbu* de la circulación monetaria. Los portugueses exportaron también olivas de Luanda y las introdujeron como moneda fraccionaria, junto

Valvas dorsal y ventral de tres variedades de cauris. Arriba a la izquierda, el Cypraea argus; a la izquierda, el Cypraea onyx; a la derecha, el Cypraea moneta, que sirvió de moneda en Africa y en otros lugares.





Arriba, un bailarín en un festival de Papua Nueva Guinea presenta un escudo con una incrustación de una moneda-concha, forma tradicional de riqueza que figura en un billete moderno de 5 kinas (a la izquierda).



con los cauris, en las transacciones entre los esclavos negros del Brasil colonial.

Las conchas no eran simples objetos de trueque, sino que poseían todos los atributos de las verdaderas monedas; medida y reserva de valor, constituían a su manera instrumentos de cambio y eran un símbolo de riqueza.

Monedas verdaderas, monedas ficticias

Como moneda verdadera, permitían adquirir ñames, cuchillos, bueyes o esclavos y remuneraban cualquier tipo de servicio. Como moneda ficticia o nominal, servían igualmente como medida de valor para fijar el precio de algunas mercancías, sin intervenir forzosamente en el pago. En el siglo XIX el explorador francés Louis Gustave Binger transcribe la conclusión de un trato entre dos comerciantes del norte de Ghana: *La calabaza de sal vale 2.000 cauris, cien kolas valen 1.000 cauris. Te daré entonces 200 kolas por una calabaza de sal.*

Las conchas favorecían en consecuencia las transacciones y constituían excelentes indicadores de la variación en el tiempo y el espacio del valor de las mercancías. Para mayor comodidad, se agrupaban formando múltiplos: así, se perforaban uno o dos agujeros y se ensartaban en grupos de 12, 20, 40 o 100 unidades según el sistema de numeración utilizado en el espacio comercial donde circulaban.

Al igual que los cauris, los *Musanga*, discos de concha de caracol que circulaban en algunas regiones de África, se ensartaban por un agujero central para confeccionar collares. Diez collares, medidos desde la extremidad del pulgar del pie al talón, valían a principios del siglo XX un *doti*, o sea 3,60 m de paño azul índigo; diez collares medidos desde el meñique al talón valían un *doti* de cualquier otro paño que no fuera azul.

Estas monedas-concha del África subsahariana dieron origen en algunas regiones a verdaderas políticas monetarias. Las autoridades tradicionales o políticas —allí donde existía un poder centralizado— aseguraban su circulación y reglamentaban su importación. Al tomar disposiciones para evitar la superabundancia de conchas, generadora de inflación, o su escasez que hubiera dificultado las transacciones comerciales, los soberanos ejercían un verdadero poder económico. Desde Abomey a la Costa de los Esclavos, así como en el Congo, practicaban una política monetaria rigurosa, de reconocida eficacia.

Desde comienzos de la época colonial las conchas comenzaron a perder paulatinamente su valor monetario y con él su función de intermediario en las transacciones comerciales. En la actualidad, sólo los cauris circulan todavía, aunque muy tímidamente, entre los pueblos del sudoeste de Burkina Fasó y del norte de Ghana. Es la única región del mundo donde han logrado conservar en parte su función de moneda, pero ¿por cuánto tiempo todavía? ■



En el extremo superior, un enorme cauri simbólico decora la fachada del Banco de Malí, en Bamako. Arriba, pulsera de cobre para el tobillo que se utilizaba como moneda en el Congo.

A. FÉLIX IROKO, beninés, es profesor de historia económica y social de África de la Universidad de Benin, Cotonou. Es autor de más de sesenta artículos sobre historia económica y temas afines, y actualmente está escribiendo un libro sobre los cauris como moneda desde 3000 a.C. hasta nuestros días.



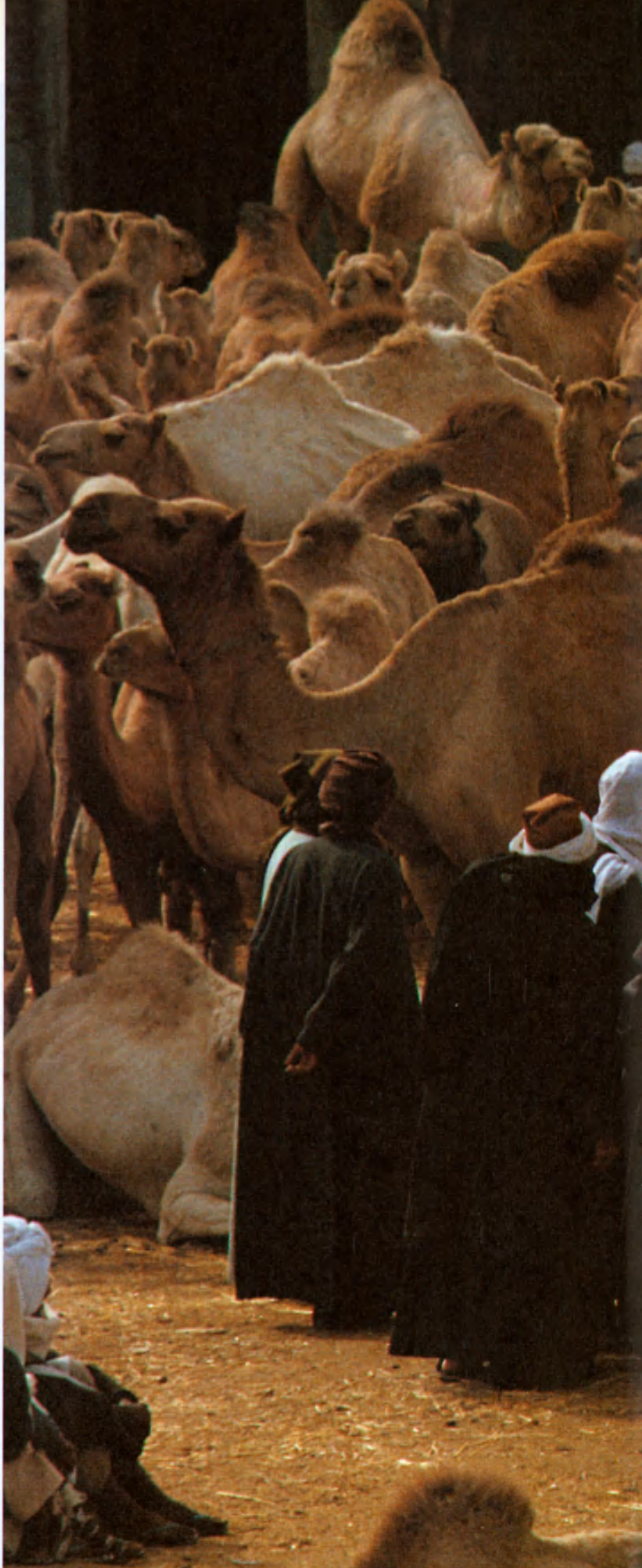
Los dinares del califa

En el siglo VII los primeros califas establecieron un sistema monetario internacional. Con su fisonomía característica, el numerario anuncia los tiempos modernos.

POR GÉRARD KREBS

EN la época de Mahoma, a principios del siglo VII, los árabes no poseían monedas propias. Probablemente no las necesitaban: para las tribus nómadas, cuya principal unidad de riqueza era el camello, el trueque era sin duda el medio de intercambio más común, en tanto que en las ciudades donde se practicaba el comercio, como La Meca y Medina, las monedas extranjeras — oro bizantino o plata persa— debían servir para las transacciones importantes.

Entre 636 y 655, las primeras conquistas que, al oeste, arrebataron a los bizantinos Siria, Palestina y Egipto y, al este, aniquilaron el imperio de los persas sasánidas, aportaron enormes cantidades de metales preciosos: botines compuestos







de vajilla, vasos o tesoros en monedas. Pero la creación de una moneda nueva no era urgente en absoluto con miras a la meta suprema: la guerra santa.

Los nuevos amos musulmanes se adaptaron muy bien a los sistemas preexistentes en las regiones conquistadas y los asimilaron modificándolos apenas. En Oriente siguieron acuñando dracmas delgadas de plata con la efigie del difunto emperador sasánida Cosroes II, a las que añadieron en árabe la inscripción "En nombre de Alá". A orillas del Mediterráneo conservaron al sólido de oro y al follis de bronce su tipo de origen: el retrato en busto o de pie de los emperadores de Constantinopla, Heraclio II y sus hijos o Constante II. Los acompañaron a veces de una leyenda en árabe y suprimieron las cruces, símbolos cristianos ampliamente representados en las monedas bizantinas.

El advenimiento de la dinastía de los omeyas en 661 marcó el comienzo de una verdadera administración del imperio. En el plano monetario, una primera evolución hacia temas propiamente musulmanes se hizo sentir en Siria y Palestina, bajo la influencia del califa Abd al-Malik (685-705), en particular tratándose de la acuñación en bronce: en Damasco, Edesa o Jerusalén se emitieron monedas que representaban al califa de pie, sosteniendo con las dos manos una espada en su vaina, rodeado de una leyenda en árabe.

Nacimiento del dinar

En 696 Abd al-Malik tuvo el mérito de instaurar en todo el imperio un conjunto monetario coherente que respondía tanto a las necesidades económicas nacionales como internacionales.

Para las transacciones importantes y el gran comercio se utilizaría en lo sucesivo el *dinar* de oro de 4,3 g de peso; para el pago de los salarios y de los impuestos se emplearía el *dirhem* de plata de 2,8 g de peso, en tanto que el *fells* serviría normalmente para las compras cotidianas. La relación entre estas tres monedas no era fija: evolucionaba de acuerdo con el precio de los distintos metales. En un principio, el dinar correspondía a 10 dirhemes, pero aumentó de valor hasta 14 e incluso 20 dirhemes según las épocas. El propio dirhem fluctuó entre 16 y 24 fells, pues su peso variaba según las regiones.

Arriba, izquierda y derecha, las dos caras de un dirhem de plata emitido durante el califato de al-Muqtadir (siglo IV de la Hégira/siglo X). Arriba, en el centro, una dracma de plata acuñada durante el reinado de Bahram II (276-293), soberano sasánida, en la que figuran el rey, la reina y el príncipe heredero.

PÁGINA DE LA DERECHA
Arriba, dinar de oro (siglo I de la Hégira/siglo VII). Abajo, desde el extremo superior izquierdo y en el sentido de las manecillas del reloj: dracma árabe-sasánida (hacia 650) con la inscripción "En nombre de Alá"; follis árabe-bizantino (hacia 650); dirhem omeya (122 de la Hégira/740); sultán con el nombre del sultán otomano Solimán el Magnífico (926 de la Hégira/1520); dirhem abasí (307 de la Hégira/919); follis de transición (hacia 690) con la figura del califa de pie.

PÁGINA ANTERIOR
Mercado de camellos en El Cairo. Reproducción de una moneda que representa un camello, dinastía de los abasíes (siglo III de la Hégira/ siglo IX).

La definición de estas nuevas monedas era una consecuencia de la de las monedas de origen extranjero utilizadas hasta entonces: el dinar, heredero —y competidor— del sólido bizantino debía su nombre al *denarius* (denario) latino. El dirhem retomaba el aspecto y la denominación de la dracma persa y el fells (en plural "felús") procedía directamente del follis bizantino.

En cambio, la fisonomía de la acuñación era sumamente revolucionaria: se eliminaban las alegorías, los títulos a la gloria del príncipe reinante y los retratos. Se trataba de monedas islámicas y debían por tanto participar exclusivamente en la alabanza de Dios —ni siquiera el nombre del califa figuraba en ellas. Y puesto que la representación de formas humanas y animales había sido desaprobada por el Profeta, sólo contendrían un texto consistente en profesiones de fe caligráficas en una elegante escritura cúfica.

Este sistema rompía con la tradición monetaria del Oriente Medio y de Africa del Norte, que era a la vez figurativa y personal (retrato del príncipe o emblema de la ciudad). Iba a tener, sin embargo, una longevidad sorprendente, puesto que las últimas monedas que lo emplearon se emitieron en Yemen hacia 1960. Este sistema era singularmente moderno: ningún estado soberano había definido hasta entonces su numerario de manera tan explícita. Los árabes fueron los primeros en indicar a la vez la fecha de sus monedas, el taller y el milésimo —expresado en años de la Hégira, según el calendario musulmán. En Occidente la costumbre de fechar las monedas sólo se generalizará a partir del siglo XV.

Fin de una unidad

Los dinares se acuñaban exclusivamente en la capital omeya, Damasco, en tanto que los dirhemes se emitían en numerosas grandes ciudades del imperio. Los talleres más activos se encontraban en Damasco, por cierto, pero también en Wasit, ciudad fundada en 703 en el valle del Tigris (al noroeste de Basora, en Iraq). La dispersión de los talleres permite medir la inmensidad del imperio: de España (Córdoba) a Túnez, del Azerbaiján al Afganistán (Balkh) y al Pakistán (región del Sind).

Los abasíes derribaron a los omeyas en 750, y la ampliación del comercio en los siglos VIII y IX dio impulso al uso de la moneda. Bagdad, la nueva

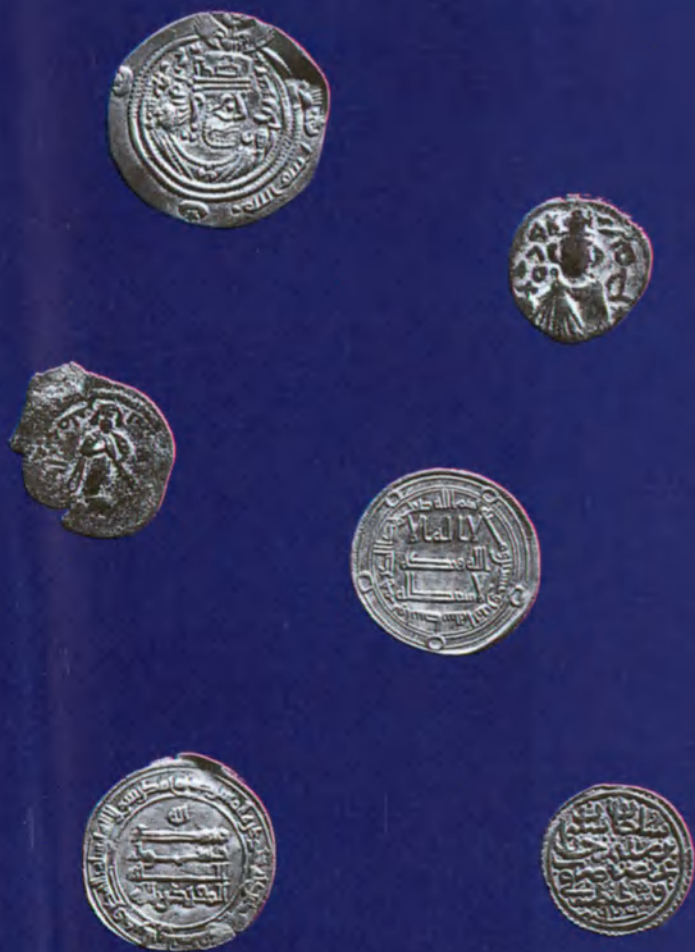


Los ricos botones de los soldados franceses

Se cuenta que con motivo de la expedición de Bonaparte a Egipto, en 1798, los uniformes de los soldados franceses, con sus botones relucientes, tuvieron un enorme éxito en los zocos de Alejandría. En efecto, los mercaderes, acostumbrados a ver que los nómadas llevaban su fortuna cosida a los vestidos para no perderla en el desierto —lo que explica que numerosas monedas de Africa estén perforadas— no querían en pago más que las hermosas piezas de metal tan relucientes que esos extranjeros lucían en sus trajes. Encantados de poder aborrrar así sus escudos, los soldados franceses no vacilaban en arrancarse los bellos botones de un sablazo para pagar sus compras... ¡Es fácil imaginar la reacción de Bonaparte al ver regresar a sus hombres tan desaliñados!

Comercio y religión

En el siglo XI los dinares de los califas fatimíes de Egipto eran muy apreciados en todo el Medio Oriente, en particular por los mercaderes sirios. Así, en los reinos que habían constituido en Palestina gracias a las cruzadas, los príncipes cristianos emitieron piezas de oro imitando esos dinares. Llamados besantes "sarracenos", en un principio eran copias sumamente burdas, pero su dibujo se fue afinando y terminó siendo muy parecido al original. A tal punto que en 1250 el legado pontificio, escandalizado, lanzó un anatema contra los malos cristianos que, para favorecer su comercio, osaban acuñar moneda a la gloria de Alá. Finalmente se encontró una solución: se sustituyó el besante sarraceno por un curioso besante "de la cruz" muy similar al anterior, que alababa en árabe a la Santísima Trinidad y a Jesucristo. Así nació una de las monedas más piadosas de la cristiandad...





capital fundada en 762, absorbía gran parte de las riquezas del imperio: se transformó rápidamente en un centro económico de primer plano y en un taller importante para la acuñación del oro y de la plata. En cuanto a los tipos monetarios, siguieron ajustándose a los de los reinados precedentes, mencionando sin embargo el nombre del califa, pronto acompañado del de los gobernadores de provincia. Sin embargo, el estilo caligráfico y la apariencia de las monedas adquirieron un carácter más personal según las regiones, a medida que se afirmaban dinastías locales en las provincias de España, África del Norte e Irán oriental.

En 945 la rebelión buwayhí significa el término del poder central abasí. Desde ese momento ya no existe una moneda común en el mundo musulmán: si las palabras dinar y dirhem evocan todavía monedas de oro y de plata, la diversidad de los pesos y del contenido de metal precioso, así como la presentación de las leyendas son el reflejo de las ambiciones y los medios financieros de cada dinastía. La única excepción en esos tiempos política y económicamente perturbados era el Egipto de los fatimíes (969-1171). Por tratarse de un país próspero que controlaba la salida del oro sudanés y ocupaba una posición estratégica en las grandes rutas del comercio marítimo, siguió durante mucho tiempo acuñando buenos dinares.

En el siglo XIII las invasiones mongolas que

Aderezos de monedas en el festival de Marrakech (Marruecos).

Página de la derecha, El cambista, del pintor austríaco Rudolf Ernst (1854-1920).

devastaron todo el Oriente musulmán —Bagdad fue saqueada en 1258 y el califa abasí ejecutado— eliminaron los últimos vestigios del sistema concebido por Abd al-Malik. Pronto cada país tendrá su propia política monetaria y definirá y designará su numerario. Habrá que esperar el advenimiento del imperio otomano para conocer de nuevo una moneda de gran difusión: en un principio un aspro de plata (de 1,2 g y luego de 0,8 g) completado, en 1478, por un sultanín de oro. Estas monedas circularon de Argelia a Turquía y hasta los Balcanes.

Sin embargo, este sistema no dio pruebas de la misma estabilidad que el precedente. Perjudicado, desde fines del siglo XVI, por la llegada masiva de plata de las minas españolas de América del Sur, fue revisado varias veces antes de ser modificado en 1688, pero nunca logró imponerse realmente frente a las monedas occidentales. Los tipos monetarios, por su parte, volvieron a la tradición antigua de las monedas personales, pues aunque no eran figurativos siempre se dedicaban a la gloria del sultán, mostrando a menudo su sello (la *tughra*) y citando su filiación.

En el conjunto del mundo islámico existen actualmente monedas estrictamente nacionales. La época en la que, más allá de su función económica y atravesando las fronteras políticas, la moneda se destinaba solamente a participar en la celebración de Dios, pertenece indiscutiblemente al pasado. ■

GÉRARD KREBS,
numismático francés
especialista en monedas
orientales. Es autor de los
comentarios del catálogo de
la Moneda de París sobre las
monedas del Islam y del
Cercano Oriente, publicado
en 1988.



Banqueros y falsificadores



Del negocio a las finanzas, pasando por los metales del Nuevo Mundo, las peripecias monetarias de la Europa del Renacimiento.

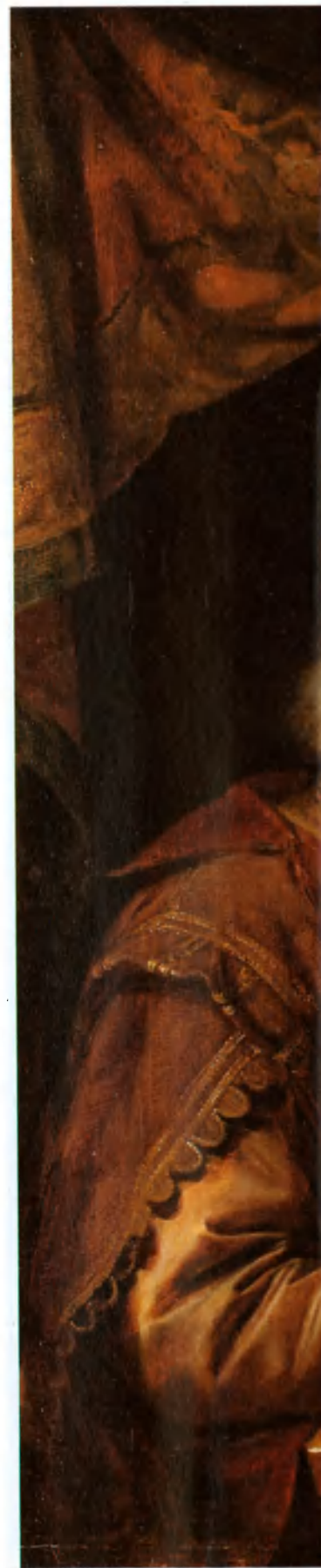
POR LUCIEN GILLARD

Es costumbre analizar la moneda teniendo en cuenta sus funciones de unidad de cuenta, de medio de pago y de reserva de valor. Patrón de medida para el conjunto de los bienes intercambiables, la moneda genera un espacio social homogéneo, en el que cada cual dispone de la misma referencia para evaluar sus créditos y sus deudas.

En Europa, ese espacio se afianza en el siglo XVI dentro de las fronteras de cada país, y fuera de ellas la moneda representa el emblema nacional. En tanto que instrumento de pago, la moneda hace circular las mercancías. El espectacular desarrollo de la producción y de los intercambios en la Europa del siglo XVI se asocia generalmente con el crecimiento de la masa monetaria, a la vez en forma de documentos comerciales y de moneda contante y sonante fabricada gracias a los metales llegados de América.

Reserva de valor, por último, la moneda implica un concepto particular de la temporalidad que permite soslayar la angustia existencial. El tiempo se hace soporte de los proyectos del hombre y deja de pertenecer totalmente a Dios. En el siglo XVI Europa toma conciencia de la moneda en tanto que capital, como lo demuestran los debates sobre el interés de los préstamos, el ajuste de los créditos, el origen del encarecimiento de los precios e incluso la venta de indulgencias.

La moneda, al parecer, cumplió bien su papel y contribuyó a la consolidación de los vínculos



Las legendarias minas de Potosí en el Nuevo Mundo (en la actual Bolivia). Grabado de Théodore de Bry (siglo XVI).



El pesador de oro,
del pintor holandés
Gérard Dou (1613-1675).

sociales en la Europa del Renacimiento. Pero toda pieza tiene anverso y reverso: además de las funciones mencionadas, la moneda representa también un conjunto de fuerzas centrífugas de acaparamiento y rechazo. Y esas turbulencias son tanto más evidentes en la Europa del Renacimiento cuanto que el volumen de la población aumentó considerablemente.

Las alteraciones monetarias

Las primeras perturbaciones que engendra en esa época la moneda se refieren a su emisión. Sólo la autoridad política representativa, en un determinado espacio nacional, tiene derecho a acuñar moneda y darle un curso legal, principio tomado, tras no pocas vicisitudes, del derecho romano. Pese al rigor de las sanciones con que se castiga a quienes desobedecen a la ley (a veces se los cuece vivos en un caldero), las infracciones a la acuñación oficial son sumamente frecuentes.

La primera categoría de infractores son los "velloneros". El vellón es una pieza metálica que contiene menos cantidad de metal precioso que otra semejante, aun cuando se acepta a ambas por el mismo valor. Las monedas de vellón están presentes por doquier, pues las técnicas de acuñación son demasiado rudimentarias para permitir una similitud exacta de las piezas. Todo mercader advertido, todo agente de cambio y hasta todo recaudador de impuestos examinaba minuciosamente las monedas, retirando de la circulación las más pesadas. Bastaba entonces con vender al peso a buen precio el metal precioso a los orfebres para realizar un beneficio sobre el valor nominal de las monedas. También cabía "rebajar" el exceso de metal para poner en circulación una moneda con la cantidad estrictamente necesaria, contando con que los usuarios serían reacios a pedir la verificación de conformidad de las piezas oficiales (pues corrían el riesgo de incurrir en sanciones en caso de que tales piezas fueran conformes).

Una gráfila en el canto de las monedas y un círculo en torno a la efigie eran los medios empleados sin gran éxito para limitar el rebajado; y en cuanto a la nueva técnica del laminador, que hubiera debido suprimir esa práctica por completo, no pudo implantarse en el siglo XVI en ningún país, tanto en razón de su costo como de la oposición de los obreros especializados en el antiguo procedimiento de acuñación de monedas con martillo. Poco a poco, los príncipes obligaron a que se pesaran las piezas en las transacciones, para garantizar a la moneda una autenticidad que su efigie sola ya no aseguraba. Por lo que se refiere a la lucha de los soberanos para impedir que los orfebres fijaran libremente el precio de los metales, basta para demostrar su ineficacia la proliferación de los decretos de prohibición dictados sobre la materia.

Más radicales son aun los antagonismos que aparecen entre los monederos falsos y lo que podría llamarse los anti-monederos. El amonedado falso, es decir, la acuñación de piezas falsas

(expresivamente llamadas “adulterinas”), se especializó en el siglo XVI en las monedas españolas, sobre todo las pequeñas, menos costosas de fabricar y de más difícil control. Al mismo tiempo, muchos soberanos acuñan sin escrúpulo imitaciones de monedas extranjeras, a fin de deducir la tasa del monedaje en beneficio propio (es el caso de estados pequeños sin una moneda nacional) o de disminuir parte del metal batiendo imitaciones de menor peso.

No faltan ejemplos célebres de desfalco monetario en esa época. Así, en Francia, los papistas organizaron durante un decenio la producción de dinero paralelo a fin de poner trabas al amonedado del rey protestante. Otro caso fue el acuñado de monedas en perjuicio de España, pirateando a su llegada a Europa los metales americanos.

Desde el descubrimiento de las Antillas, primero, y del continente americano, después, España emprendió la explotación sistemática en las nuevas tierras de los metales preciosos, que dos veces por año sus navíos fuertemente escoltados transportaban a Sevilla, donde se acuñaba la moneda española. Las entradas de metal registradas en el siglo XVI fueron muy grandes: alrededor de 250 toneladas de oro y 200.000 toneladas de plata, es decir, el equivalente a un tercio de todos los haberes iniciales europeos. Además, ciertos historiadores estiman que las importaciones clandestinas de metales desviadas del control español bien pueden haber sido equivalentes a las oficiales.



Arriba, moneda española de plata de ocho reales acuñada durante el reinado de Felipe II (1597). Abajo, fabricación de moneda en Francia durante el reinado de Luis XII (1462-1515).

Pero hay desfalcos menos complicados. Uno de ellos es la complicidad de un grupo de personas para poner en circulación piezas prohibidas por la autoridad soberana. Periódicamente, los príncipes dictan “bandos” por los que hacen saber que determinada pieza nacional o extranjera no sirve en adelante para las transacciones, a causa de su calidad insuficiente. Sus poseedores deben llevarla a la casa de moneda, donde será cizallada y pagada al peso. Es frecuente que los particulares desoigan el bando y sigan utilizando esas monedas oficialmente retiradas, atribuyéndoles una cotización de circulación privada, en especial cuando escasea el dinero contante y sonante. Así ocurrió, por ejemplo, con la moneda menuda española en la segunda mitad del siglo XVI.

Otra práctica aun más frecuente consiste en utilizar monedas oficialmente autorizadas, pero dándoles una cotización (llamada “voluntaria”) diferente de la fijada por el príncipe. En esa época y aun durante dos siglos el valor de las monedas se establece por anuncio público pero no está grabado en ellas. Esa circunstancia hace que se desconfíe del acuñado oficial y en ciertas regiones y ciertas épocas ocurre que la cotización privada de una moneda alcanza el doble de la cotización anunciada por la autoridad. Así, la facultad de la moneda de dar un carácter homogéneo a las relaciones sociales se ve seriamente comprometida.

En el capítulo de los anti-monederos caben dos categorías. En primer lugar la de los reacios



a abandonar el trueque; este sistema se mantiene en innúmeras comunidades rurales, pese a la extensión del comercio de mercancías en todo el espacio europeo de esa época. También son en cierto modo anti-monederos los que quieren atenerse solamente al peso del metal precioso (y en ciertos casos de la sal) como medida de valor, excluyendo de sus intercambios cualquier intrusión del amonedado realizado por una autoridad pública.

Varios medios permiten efectuar transacciones eludiendo la moneda. Puede incluirse una "cláusula-oro" en los contratos a plazo, estipulando que el pago se efectuará entregando una cantidad determinada de metal precioso o un cierto número de monedas designadas específicamente, sea cual fuere su valor del momento como unidad de cuenta. Esta cláusula heredada del derecho romano tardará en caer en desuso. En los contratos al contado, la desconfianza respecto de la moneda oficial se traduce en la obligación de pagar en metal bruto, con arreglo a una tarifa contractual. En Francia, en el siglo XVI, entre una cuarta y una tercera parte de las transacciones se concluyen pagando con objetos de orfebrería (anillos, tazas) o con polvo de metal extraído de los ríos (el lavado de oro es una actividad corriente), cuando no recortado de las piezas de moneda en circulación.

El comercio internacional

En el comercio de Europa con el resto del mundo sólo se paga en metales preciosos. Es verdad que para comprar las sedas y las especias de Oriente



Arriba, Los usureros, de Marinus Van Reymerswael, pintor de la escuela holandesa (siglo XVI). A la izquierda, el banquero Jakob II Fugger (de pie), cuyas empresas se extendían por toda Europa central y occidental, verificando sus libros de cuentas con su contable. Miniatura alemana del siglo XVI.

pueden utilizarse ciertas monedas de curso oficial, en especial el "excelente" español y el cequí veneciano hasta mediados del siglo XVI. Pero esas piezas, poco numerosas, tienen características específicas que no permiten sustituirlas por otras.

Con un peso de metal puro prácticamente constante (3 a 4 gramos), esas monedas son difíciles de imitar y lo único que garantiza la efigie grabada en ella es su conformidad, sin que representen una unidad de cuenta fuera de las fronteras nacionales. Así pues, en el comercio internacional de Europa, esas piezas valen lo que vale su peso de metal puro, pero carecen de estatuto monetario. En ese aspecto y aun sin considerar la guerra, la piratería y la esclavitud que le acompañan, el comercio desarrollado en el siglo XVI por los europeos no persigue de ningún modo unificar el espacio mundial.

Lo mismo sucede con los certificados de depósito que circulan dentro de cada espacio nacional europeo. Esos documentos, que aun tardarán dos siglos en ser reemplazados por billetes de banco, eran otorgados desde el siglo XIV por ciertos banqueros a cambio de un depósito en metálico en sus arcas. Tenían el valor de promesa de pago inmediato por el banquero y circulaban como moneda.

El escaso desarrollo de la industria y de la



LUCIEN GILLARD, francés, es investigador del Centro Nacional de Investigaciones Científicas (CNRS) especializado en historia de la política y las prácticas monetarias. Es coautor (con Marie-Thérèse Boyer y Ghislain Deleplace) de *Monnaie privée et pouvoir des princes: L'économie des relations monétaires à la Renaissance* (Moneda privada y poder de los príncipes: La economía de las relaciones monetarias en el Renacimiento, 1986).

artesanía es a la vez causa y consecuencia de los hábitos monetarios de la época: por una parte, esas actividades no crean riquezas suficientes para que su reparto sea objeto de un consenso social; por otra, la orientación prioritaria de los gastos —guerras, tierras, prebendas, objetos de lujo de países distantes— mantiene sobre todo a categorías parasitarias. La producción es principalmente agrícola y sus excedentes se intercambian ya en los mercados locales, ya en ferias lejanas y sólo en ciertos periodos del año. La figura del empresario no ha surgido todavía y la actividad económica la simbolizan los negociantes por cuyas manos circula el dinero.

Los mercaderes banqueros

Entre éstos, los mercaderes banqueros, florecientes en el siglo XVI, ilustran perfectamente el carácter de la actividad monetaria de la época. Desde la Edad Media, existe en los países de Europa una redistribución de mercancías: materias primas del continente y productos de lujo de Oriente son objeto de un intenso comercio de importación y exportación. Este se localiza en media docena de grandes ciudades donde se celebran periódicamente ferias y donde los pagos suscitan una actividad específica: la conversión a un precio determinado de las unidades de cuenta nacionales (el cambio).

Los mercaderes banqueros, perpetuadores de una tradición que data del siglo XIII en las ferias de Champaña, tienen el monopolio de la compra y la reventa de la deuda internacional (letra de cambio) de los otros comerciantes. Ese monopolio se lo deben a su implantación en todas las ferias de Europa, formando una red que los convierte en intermediarios obligados de todos los demás mercaderes. El mismo lleva a la evaluación concertada del precio internacional de cada deuda expresada originariamente en la moneda de un solo país. En ese sentido, los mercaderes banqueros, en su capital de Lyon, son en el siglo XVI creadores de moneda en el ámbito europeo.

Cuando deciden el valor internacional de las monedas, no es raro que los mercaderes banqueros entren en conflicto con sus clientes comerciantes, a quienes cobran un porcentaje de cambio. Pero también se enfrentan con los príncipes, quienes fijan por su parte una cotización oficial para las monedas extranjeras admitidas en su país. No pocas modificaciones y alzas de precios nacen de esos antagonismos monetarios, exacerbados además por otras disensiones que oponen las actividades de las finanzas y las de la banca en el seno de la misma corporación de los mercaderes banqueros.

Generadora del vínculo social en un principio, en virtud de la referencia común que instituye, la moneda es también perturbadora por su uso. Y pese a su transformación en una nueva divinidad en la Europa del siglo XVI, la moneda, a imagen y semejanza del hombre que la ha creado, sigue en busca de sus límites. ■





Los avatares del billete verde

POR JAN KREGEL

La historia del dólar estadounidense es la de una larga evolución que saca a la divisa norteamericana del caos monetario para convertirla en la primera moneda internacional.



A la izquierda, "Los Estados Unidos representados mediante el simbolismo de su moneda" (1988-1989), tres de una serie de acrílicos sobre tela de Isia Leviant (nacida en Bielorrusia en 1914). Cada pintura mide 90 x 210 cm. Arriba, moneda de plata acuñada en el estado de Massachusetts en 1787.

DURANTE toda la segunda mitad del siglo XIX, cuando la libra esterlina gozaba de primacía como moneda internacional, de las monedas que podían disputarle esa posición, la menos imaginable era el dólar. Estados Unidos era un deudor internacional no muy fiable que carecía de un banco central e incluso de un sistema monetario unificado. La preponderancia del dólar¹ sólo se impondrá en el siglo XX tras una historia larga e inverosímil que dio lugar finalmente a la creación de un organismo bancario central, la Reserva Federal, y convirtió al dólar en una moneda nacional garantizada por el gobierno federal.

Contrariamente a los sistemas monetarios europeos, la Constitución de Estados Unidos, adoptada en 1789, nunca otorgó en exclusiva la emisión de monedas y billetes al gobierno federal. La ausencia de una legislación monetaria clara dio lugar a una infinidad de medios de pago que circulaban prácticamente sin ningún control o respaldo de un organismo bancario central. En tal situación de caos, las monedas extranjeras tuvieron curso legal hasta 1857, y todavía en 1901 una mina de plata de Oregón seguía acuñando sus propias monedas de plata para "uso comercial".

Como varios estados de la Unión se encontraron en bancarrota por haber sido incapaces de reembolsar en monedas los billetes que habían emitido, se les prohibió emitir papel moneda, pero no se les impidió que crearan bancos, y éstos podían poner libremente billetes en circulación. Así, el estado de Kentucky fundó un banco privado del que era el único propietario y empezó

a efectuar pagos con sus billetes. Esta tradición individualista en cuestiones monetarias dio lugar a una actividad bancaria “descontrolada” que se desarrolló al amparo de leyes estatales a menudo sumamente complacientes (*free banking laws*) que autorizaban a cualquier individuo o asociación a abrir un banco y emitir billetes sin autorización o control alguno.

La inexistencia de un banco nacional obligaba incluso al gobierno federal a hacer todas sus transacciones por medio de establecimientos privados o en metálico. En 1840, el presidente Martin Van Buren creó el “sistema de Tesoro independiente” que se ocupó de las operaciones financieras del gobierno a través de sus oficinas abiertas en todo el territorio nacional. Pero el Tesoro no era un banco y no podía en consecuencia emitir billetes; todos los ingresos y gastos gubernamentales tenían que ser realizados en oro o plata. El Estado no podía costear desembolsos que sobrepasaran los impuestos recaudados, a no ser que recurriera a la emisión de obligaciones suscritas en oro.

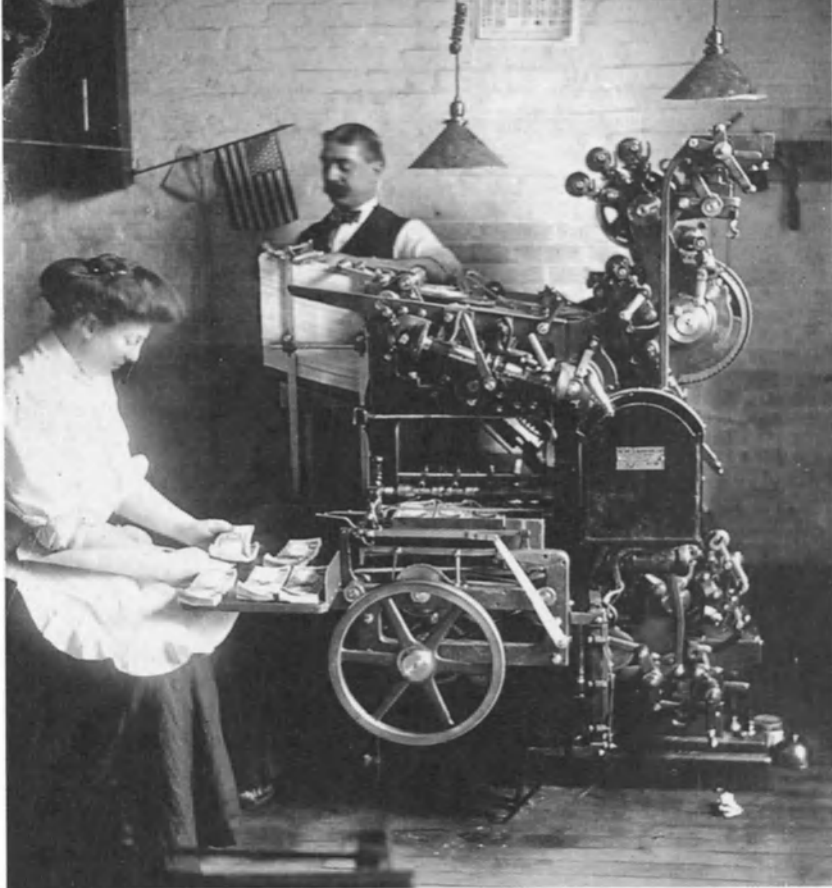
Los greenbacks

Las necesidades de financiación de la guerra civil (1861-1865) dieron origen a numerosas disposiciones monetarias que permanecieron vigentes por el resto del siglo. El Tesoro empezó por emitir “pagarés a la vista” (*demand notes*) que no tenían curso legal pero eran convertibles en oro. No obstante, la escasez de reservas de oro del Tesoro obligó a suspender pronto la convertibilidad y, durante el resto de la guerra, la financiación pudo hacerse gracias a la emisión, con un respaldo tan sólido como la buena fe y la reputación del gobierno, de billetes del Tesoro (*US notes*), llamados popularmente “billetes verdes” (*greenbacks*), nombre que recibe todavía hoy el dólar estadounidense en todo el mundo.

La emisión de “billetes verdes” estaba limitada a 433 millones, pero debido a las crecientes dificultades para obtener préstamos y al incremento de los gastos, el Secretario del Tesoro, Salmon P. Chase, decidió aplicar en todo el país el sistema de libre creación de bancos en virtud de una ley de 1863, la *National Bank Act*. Esta ley autorizaba a cualquier grupo de cinco personas a constituir una “asociación bancaria nacional” y a emitir billetes por una suma igual a sus obligaciones del gobierno federal depositados ante el Contralor de la Moneda.²

Para evitar la competencia de esos billetes con los de los bancos estatales, estos últimos fueron gravados con un impuesto de 10% que pronto los eliminó de la circulación. Los bancos estatales contraatacaron ofreciendo servicios de pago por cheque con cargo a cuentas de depósito, que reemplazaban cómodamente los billetes de los bancos privados.

Así, hacia finales de la guerra civil, la extraordinaria diversidad de medios de pago que suponían las obligaciones de millares de bancos había quedado reducida a los “billetes verdes” y



a los billetes de los bancos privados (llamados *national banks*) que no eran convertibles en metálico, pero cuyo número estaba estrictamente limitado. En Estados Unidos las existencias de dinero estaban rígidamente fijadas y no podían ajustarse para reaccionar a las fluctuaciones del cambio ni a las frecuentes olas de pánico que desencadenaba la quiebra de los bancos carentes de reglamentación (dos años después de la aplicación del sistema de libre creación de bancos en Michigan, los 40 establecimientos bancarios existentes habían quebrado).

Ciclos agrícolas y escasez de numerario

Ahora bien, por tratarse de un país agrario, las necesidades de moneda dependían del ciclo de la recolección. Cuando se vendían las cosechas, los depósitos de los agricultores se acumulaban en los bancos de las regiones agrícolas y provocaban escasez de fondos en los bancos de las regiones industriales del Este. Como los bancos privados no podían tener sucursales, carecían de un mecanismo para canalizar automáticamente los fondos excedentes. Además, al no existir un banco central que prestara reservas, no era posible hacer frente a esas fluctuaciones a no ser mediante cambios drásticos de los tipos de interés y quiebras bancarias. Estos factores, agravados por la gran absorción de numerario de un Tesoro independiente y la falta de una reglamentación bancaria estricta, provocaron una inestabilidad extrema y frecuentes crisis y pánicos.

Para muchos, esa inestabilidad se debía a la falta de numerario, que beneficiaba a cuantos estaban interesados en que la plata fuera la base del sistema monetario estadounidense. Fue así





como William Jennings Bryan inició un movimiento en favor de la “plata libre” (*free silver movement*) con el fin de que se permitiera libremente acuñar este metal como dinero legal. En 1878 la ley Bland-Allison autorizó los bonos de plata del Tesoro, que se convirtieron en dinero legal en 1886. En 1890 la *Sherman Silver Act* obligaba prácticamente al Tesoro a adquirir la producción total de las minas de plata de Estados Unidos. En 1882 se adoptaron medidas similares para los bonos de oro, pero ninguna otorgó a la circulación monetaria la flexibilidad que cabía esperar.

Este sistema creó graves dificultades no sólo internas sino también internacionales. En efecto, la única manera de compensar los cambios de la demanda interna de numerario eran las operaciones en el mercado mundial; éstas a su vez restaban estabilidad al funcionamiento del sistema monetario internacional. Esto fue lo que sucedió en 1893, cuando cundió bruscamente el temor de que Estados Unidos no respetara la convertibilidad en ese metal de la deuda de su gobierno y la saldara en plata, cuyo precio en los mercados internacionales se estaba derrumbando, lo que provocó una salida incontenible de oro y la consiguiente quiebra de un sinnúmero de bancos.

La salida de oro se detuvo con la *Gold Standard Act* de 1900 que puso fin al bimetalismo, ajustó el dólar con firmeza al patrón oro y obligó a los bancos privados a respaldar con este metal la emisión de billetes. La cantidad de oro en manos del público se triplicó entre 1899 y 1910, al igual que la depositada en el Tesoro. El monto de oro de la reserva mundial correspondiente a Estados Unidos pasó de 15% a 30%, al mismo tiempo que otros muchos países (Austria-Hungría, Rusia, Japón...) adoptaban también el patrón oro.

Nacimiento de la Reserva Federal

Al desempeñar la oferta de oro un papel decisivo, su rápida acumulación iba a originar más problemas que la salida que se había producido con anterioridad, en particular porque el oro que entraba en el Tesoro sólo podía ser utilizado para financiar el déficit de la balanza de pagos (que arrojaba por entonces superávit). El Tesoro, por ser un sistema independiente, no estaba facultado para utilizar su oro como respaldo para emitir dinero ni para hacer préstamos de última instancia.

En 1907 los legisladores comenzaron a considerar la creación de una institución nacional que pudiera reaccionar a las fluctuaciones de la demanda de efectivo de otra manera que absorbiendo oro del extranjero. Finalmente esta institución se creó en virtud de la *Federal Reserve Act* adoptada en 1913.

El territorio norteamericano fue dividido en doce distritos, cada uno con su banco federal de reserva, cuyo capital estaba suscrito por los bancos privados que se veían así forzados a adherirse al sistema. Este entró en funcionamiento el 2 de



Arriba a la izquierda y en el sentido de las manecillas del reloj: una máquina de impresión de billetes de banco, EUA, 1920; una multitud de desempleados norteamericanos que practican el trueque durante la crisis de 1929; un billete de 100 dólares emitido por los Estados Confederados de América en 1864, durante la guerra de Secesión, pagadero al portador “dos años después de la ratificación del tratado de paz”; anverso y reverso de una moneda de oro de 20 dólares emitida en 1899.



Lingotes de oro del Federal Reserve Bank, Nueva York.

noviembre de 1914. Los bancos federales estaban autorizados para emitir un nuevo tipo de moneda, los billetes de la Reserva Federal, que eran dinero legal para todas las deudas y que obligaban tanto a los bancos como al gobierno de Estados Unidos.

Estos nuevos billetes debían sustituir a los de los bancos privados, y la deuda que había servido como respaldo de éstos debía recogerse y pagarse en billetes de la Reserva Federal. La emisión de billetes estaba respaldada por oro en un 40% como mínimo, y el resto de los billetes emitidos, por valores comerciales y otros activos idóneos obtenidos mediante descuento de los bancos privados. De este modo quedaba cubierta la necesidad de crear un medio flexible de pago que pudiera aumentar o disminuir la oferta de moneda en función de las exigencias de los intercambios y de la situación del sistema bancario. Un banco asociado con escasez de efectivo podía adquirirlo descontando activo a cambio de billetes de la Reserva Federal.

Pero el Consejo de la Reserva Federal, con sede en Washington y nombrado por el Presidente, ejercía una problemática tutela sobre los bancos federales, cuyos propietarios y directores eran banqueros privados. Como no estaba claro en absoluto de quién dependía la política monetaria, eran los banqueros los que tenían siempre la última palabra.

Sin embargo, las dos condiciones necesarias para la ulterior supremacía internacional del dólar ya habían quedado sentadas: la acumulación en Estados Unidos de una parte considerable de la reserva mundial de oro que obligó al sistema monetario internacional a adoptar un patrón oro

de cambio³ y la unificación de la moneda nacional, emitida por una sola autoridad facultada para actuar como prestador de última instancia.

La Primera Guerra Mundial debilitó el poder de Gran Bretaña, de resultas de lo cual la moneda estadounidense entró en el periodo de entreguerras con una paridad con respecto al oro superior a la de libra esterlina. Además, la economía de Estados Unidos, después de una breve recesión, iba a prosperar en los “locos años veinte”, caracterizados por el auge de la radio y el automóvil.

La entrada masiva de fondos de inversión en Estados Unidos, propiciada en sus comienzos por el crecimiento rápido y la prosperidad de la bolsa, y, después, por los elevados tipos de interés aplicados con la intención de poner fin al incremento de la especulación en Wall Street, acabó con la estabilidad de los tipos de cambio. El hundimiento de la bolsa en 1929 trajo como consecuencia innumerables quiebras bancarias que la Reserva Federal no pudo compensar. El derrumbe de los valores de inversión provocó una crisis mundial.

Las pruebas innegables de la generalización del fraude bancario que salieron a la luz a raíz de este desastre pusieron de manifiesto ciertas deficiencias de la función supervisora que ejercía la Reserva Federal y de su capacidad para orientar la política monetaria a fin de proteger de la quiebra incluso a los bancos mejor administrados. Una serie de medidas —nacionalización del oro, devaluación del dólar a 35 dólares por onza de oro, etc.— así como la *Banking Act* de 1935, que reforzaba las atribuciones del Consejo de la Reserva Federal, dieron lugar finalmente a la creación de un sistema equivalente por sus atribuciones a un banco central europeo.

Así, el periodo de entreguerras sirvió para consolidar el poder de reserva monetaria de Estados Unidos y la estructura de su sistema financiero. Desde ese momento Estados Unidos estaba preparado para tomar el relevo de Londres en el sistema internacional. Con la Segunda Guerra Mundial Gran Bretaña pasó de la posición de acreedor a la de deudor internacional y Estados Unidos se convirtió así en el acreedor más importante de la posguerra. Todo país que deseara comprarle mercancías para la reconstrucción tenía que adquirir dólares, con lo que la moneda estadounidense llegó a ser la primera moneda internacional. ■

1. El dólar se convirtió en unidad monetaria por decisión del Congreso de los Estados Unidos en 1785. Se basaba en la piastra dolera de la América española, cuyo nombre se derivaba del *thaler* alemán. (NDLR)

2. Funcionario del Tesoro responsable del diseño y la emisión de los billetes.

3. En el sistema de “patrón oro”, que prevaleció hasta la Primera Guerra Mundial, las monedas, definidas por un peso en oro, podían convertirse libremente en oro. Los países que se adherían a ese sistema debían mantener reservas de oro que fueran suficientes para garantizar la convertibilidad de sus monedas. En el sistema de “patrón oro de cambio”, las reservas consisten esencialmente en divisas, que a su vez son convertibles en oro. (NDLR).

JAN KREGEL, estadounidense, es profesor de economía en el Bologna Center, Italia, de la Universidad John Hopkins, Baltimore, EUA. Entre las obras que ha publicado cabe mencionar *The Reconstruction of Political Economy* (La reconstrucción de la economía política, 1983) y es además autor de numerosos artículos sobre temas de su especialidad.



Paradojas de la moneda moderna

Ni objeto mercantil ni atributo del poder, la moneda expresa las reglas del juego social.

POR GHISLAIN DELEPLACE

LOS economistas suelen adoptar una actitud que puede parecer curiosa en relación con la moneda. En efecto, a la par que se desarrollan los bancos emisores de papel moneda, es decir de billetes, lo que permite poner en práctica una política de creación monetaria autónoma, libre de las limitaciones impuestas por la producción de metales preciosos, los economistas difunden la idea de que la moneda es un fenómeno secundario del que puede prescindirse a la hora de estudiar las leyes económicas fundamentales. Lo curioso es que esa manera de pensar, que prevalece desde el siglo XVIII, no es óbice para que con regularidad denuncien los desórdenes monetarios que a su juicio son causa de la inestabilidad de las economías. En todo caso, semejante actitud, doblemente paradójica, viene a dar fe de la complejidad de la función que la moneda desempeña en nuestras sociedades modernas.

Y, sin embargo, el análisis monetario de la sociedad es el eje en torno al cual se desarrolla el pensamiento económico en la Europa del Renacimiento. Ese pensamiento considera, en efecto, a la moneda como objeto de la riqueza de los mercaderes y, a la vez, como atributo del poder de los príncipes.

Pero la óptica cambia de manera radical en el siglo XIX. Recuérdense al respecto las palabras del filósofo inglés David Hume (1711-1776):

“Hablando con propiedad, la moneda no es uno de los elementos del comercio sino únicamente el instrumento mediante el cual los hombres han convenido en facilitar el intercambio de mercancías. No es pues uno de los mecanismos del mundo de los negocios sino el aceite que lubrica y facilita el movimiento de esos mecanismos.”

Tal concepción puramente instrumental de la moneda es natural corolario de una visión de la sociedad en que el papel de regulador incumbe al mercado. La lógica del razonamiento lleva a despojar al príncipe —al Estado— de su papel de coordinador entre los agentes privados, ya que todos ellos son comerciantes ligados naturalmente entre sí en el seno de la “sociedad mercantil”. Lleva también a reducir la moneda a un mero velo que encubre los intercambios y al que hay que suprimir si se quiere analizar la realidad de los fenómenos económicos.

La “desmaterialización” progresiva del instrumento monetario aparece así como una simplificación de los intercambios comerciales. Sucesivamente se emplean como moneda el objeto más corriente en la comunidad, un metal cualquiera, el oro o la plata en masa, las piezas metálicas, el certificado de oro, el billete de banco, el cheque y la carta de pago (mientras llega la moneda electrónica). La desmaterialización se traduce en la emancipación de la moneda respecto de cualquier objeto que garantice su valor para convertirse en puro instrumento de transferencia.

¿Instrumento de canje o de riqueza?

Por coherente que sea con una visión de la sociedad que gira en torno a los mecanismos del mercado, esta concepción instrumental y liberal de la moneda no está libre de paradojas. La principal se cifra en que, aun al margen de toda intervención estatal, el carácter del intercambio monetario hace difícil, por no decir imposible, la existencia de una “buena” moneda, es decir, de un instrumento que desempeñe de manera correcta su función de intermediario del canje.

En efecto, a diferencia del trueque en el que el comprador de un bien X es al mismo tiempo vendedor de un bien Y, el canje monetario engloba dos transacciones distintas y separadas en el tiempo: el agente vende Y por dinero (por tanto, sin comprar) y después utiliza ese dinero para adquirir X (por tanto, sin vender). Si la moneda no es más que un instrumento, el agente sólo preferirá el canje monetario en vez del trueque si el primero le ofrece una ventaja; esa ventaja, según los manuales, existe porque al agente le es más fácil encontrar un comprador de Y y un vendedor de X que dar con una sola persona que desee obtener Y y ofrezca X al mismo tiempo. Aun falta que esa ventaja no quede anulada por la imposibilidad de que el agente utilice para comprar X el dinero obtenido por la venta de Y o por la posibilidad de adquirir con ese dinero una cantidad mucho menor de X que mediante trueque.



Thaler austríaco de plata con la efigie de la emperatriz María Teresa. Del Mar Rojo al Atlántico, esta moneda se convertirá en instrumento de canje y de acumulación de riqueza.

Así, pues, para que el agente privado pueda elegir la forma del intercambio monetario —argumento esencial que esgrime la concepción instrumental y liberal de la moneda— es preciso que ésta continúe siendo “reserva de poder de compra” durante el tiempo que medie entre ambas transacciones.

En este punto surge la paradoja. Si, en efecto, el instrumento elegido como moneda desempeña mal esa función de reserva (en el sentido de que no está garantizada la permanencia de su poder adquisitivo), los que lo poseen se verán impulsados a desembarazarse de él lo antes posible y, en última instancia, a renunciar a él para volver al trueque. Este fenómeno es característico de los momentos de inflación desbocada.

En cambio, si el instrumento elegido como



El Banco de Inglaterra en Londres (1871). Página de la derecha, arriba: el numismático francés Joseph Pellerin (1684-1782) que reunió una colección de 32.500 monedas antiguas raras. Abajo, los efectos de la inflación en Alemania en 1923: un billete de 50 millones de marcos y un grupo de niños pagando la escuela con víveres.

moneda desempeña bien la función de reserva, los agentes privados propenden a atesorarlo como riqueza, lo que tiene como resultado que se retire de la circulación, impidiendo a la moneda cumplir su función de intermediaria del canje.

Este fenómeno, que en lo que atañe al dinero metálico tuvo una manifestación muy temprana, es conocido como “Ley de Gresham”, por el nombre de un financiero inglés del siglo XVI que había observado que “la mala moneda expulsa a la buena”. Pero también vale para la moneda fiduciaria,¹ puesto que su origen está en la confianza que los agentes otorgan a una moneda a la que atribuyen la cualidad de ser reserva de poder adquisitivo. En los años 1930, John Maynard Keynes propondría la “preferencia de la liquidez” como causa principal de la incapacidad de una economía monetaria a alcanzar un nivel estable que garantice el pleno empleo. Y, en el plano internacional, desde los años cincuenta el “dilema de Triffin” pone de realce la incapacidad en que se hallan los Estados Unidos para asegurar simultáneamente el aprovisionamiento del mundo en dinero líquido y el mantenimiento de la confianza en el dólar como moneda de reserva.

Es pues empresa ilusoria reducir la moneda al papel de simple intermediario en los canjes, como resultado del funcionamiento del mercado; y cuanto más se aplica la lógica mercantil según la

1. La moneda fiduciaria es la moneda que circula por un valor superior a su valor intrínseco, lo que supone cierto grado de confianza en quienes la utilizan. En nuestros días se trata esencialmente de papel moneda, es decir los billetes de banco no convertibles en metal. (NDLR)

cual los agentes “optan” por poseerla de acuerdo con un simple cálculo económico, mayor es el riesgo de desorden monetario.

Un poder monetario con limitaciones

En las antípodas de la concepción instrumental y liberal de la moneda se sitúa el enfoque institucional e intervencionista. Para él, la moneda no es un apéndice sino la condición misma de la existencia del mercado y gracias a su adecuada gestión, en lugar de originar desórdenes, lo que se consigue es actuar favorablemente sobre la economía en su conjunto.

Pero a este enfoque va asociada la idea de que la moneda es esencialmente una creación del Estado y de que el poder monetario de éste tiene en particular como resultado la implantación, inmediatamente después de la Primera Guerra Mundial, del curso forzoso de la moneda fiduciaria. Pero también la reducción de la moneda a un atributo del poder estatal origina paradojas, consistiendo la principal en que la historia de la moneda es en realidad la de la resistencia de los agentes privados a ese poder.

Así ocurría ya con las monedas metálicas. En el siglo XVI lo que circulaba no eran el oro y la plata estampillada sino unas piezas cuya acuñación era monopolio del príncipe dentro de su territorio y a las que asignaba un curso legal en unidad de cuenta. El oro y la plata no eran pues moneda-mercancía; se convirtieron en moneda metálica por decisión del príncipe. Ahora bien, los agentes privados ponían constantemente en tela de juicio ese curso legal utilizando en las transacciones las monedas pero con “cursos voluntarios”, casi siempre superiores al normal; tal depreciación de la unidad de cuenta —dado que ésta corresponde en la práctica a un peso de metal precioso inferior a la definición oficial— era la forma que entonces adoptaba la inflación.

Como vemos, el poder monetario del Estado está sometido a dos serias limitaciones. Por un lado, las decisiones de los agentes privados intervienen en el proceso de “creación” de la moneda, bien sea en el plano de la oferta (imposibilidad de controlar rígidamente la acuñación cuando la moneda es metálica, autonomía relativa de los bancos cuando la moneda es fiduciaria), bien en el de la demanda (ya que en definitiva el volumen de la emisión monetaria depende de que los agentes privados decidan llevar su oro a la Casa de la Moneda o pedir un empréstito al banco). Por otro lado, el comportamiento de los agentes privados en la circulación de la moneda puede expresar su desconfianza para con la gestión pública de ésta, dando como resultado su depreciación interna (inflación) o externa (mengua del tipo de cambio).

Así, pues, al poner en cotejo las dos concepciones de la moneda, observamos que ésta no es ni un objeto mercantil ni un atributo del poder



estatal, sino más bien la condición de la existencia del mercado y la expresión de una cohesión social que permite al Estado ejercer sus funciones.

La moneda moderna

En esta perspectiva ¿cuál sería la diferencia entre la moneda moderna y la antigua? Suele decirse que la moneda moderna es una moneda fiduciaria, mientras que la antigua era más bien una moneda-mercancía. Se opone así la moneda metálica del pasado, dotada de un valor intrínseco dependiente



Acceso a la cámara del tesoro de un banco francés.

de los mecanismos del mercado del metal, a la moneda desmaterializada de nuestros días, basada únicamente en la confianza que se tiene en el Estado, el cual impone el curso forzoso de aquélla. Tal oposición resulta infundada, ya que sólo hay economía monetaria cuando hay una unidad de cuenta abstracta, y ésta puede coexistir con medios de circulación metálicos.

En cambio, el régimen de moneda bancaria, que es el propio de la moneda moderna, se caracteriza por dos rasgos. En primer lugar, el principio de emisión permite que una determinada categoría de agentes, los empresarios, puedan obtener moneda en función de una “promesa de actividad”. Aunque hoy se haya extendido al conjunto de los agentes económicos la posibilidad de conseguir créditos bancarios, existe una diferencia fundamental entre quienes, como los asalariados, pueden pedir préstamos sobre la base de los ingresos pasados (o de la probabilidad de que en el futuro continúen obteniendo esos ingresos) y quienes, como los empresarios, consiguen créditos sobre la base de un proyecto mercantil cuyo éxito está sujeto a incertidumbre. Ese principio de emisión engendra pues una discriminación social, pero al mismo tiempo es un factor de dinamismo económico ya que, como observa John Maynard Keynes, “permite a los empresarios llevar adelante sus planes con confianza”.

En segundo lugar, el sistema bancario tiene un carácter jerarquizado. La actividad de los bancos

de segunda categoría supone la existencia de un banco “que presta en última instancia”. Este “banco de los bancos”, el banco central, desempeña un doble papel. Por una parte, se encarga de la función de compensación interbancaria, para lo cual fija en la unidad de cuenta del territorio el baremo de las monedas bancarias. En efecto, un franco emitido por un banco comercial no es el mismo que el emitido por otro banco; la aceptación de los cheques librados contra este o aquel banco —y, por tanto, la utilización de los depósitos bancarios como moneda— entraña, pues, un

principio de compensación organizado por una instancia central.

Por otra parte, el banco central protege a los bancos contra los no reembolsos inherentes al principio de emisión de que hablábamos antes, permitiéndoles obtener de él su refinanciación en moneda central. Este mecanismo de seguridad, aunque no sea automático, hace que recaigan sobre la sociedad en su conjunto, a través de su repercusión en la inflación o en los tipos de cambio, las consecuencias de la incapacidad de una parte de los empresarios para hacer frente a sus obligaciones de reembolso; pero dota al sistema de una elasticidad relativa, según vemos hoy, al evitar la propagación de las quiebras.

Estos caracteres de la moneda moderna explican que su origen no radique en la sustitución de las piezas metálicas. Ese origen hay que buscarlo en la articulación que en el siglo XVI se produce entre las piezas metálicas acuñadas por los príncipes —la moneda central— y las letras de cambio que ponen en circulación en Europa los comerciantes-banqueros italianos —la moneda bancaria.

Unidad de cuenta de las relaciones sociales, la moneda encarna las reglas gracias a las cuales puede desenvolverse el complejo juego de las economías. Dado el carácter paradójico que le confiere el hecho de aparecer como una consecuencia de la actividad económica cuando en realidad es su condición, no es de extrañar que sea en sí misma eje de debates teóricos y de empresas prácticas. ■

GHISLAIN DELEPLACE, francés, es profesor de economía de la Universidad de Orleans. Es autor de *Théories du capitalisme* (Teorías del capitalismo) y coautor (con Marie-Thérèse Boyer y Lucien Gillard) de *Monnaie privée et pouvoir des princes: L'économie des relations monétaires à la Renaissance* (Moneda privada y poder de los príncipes: La economía de las relaciones monetarias en el Renacimiento, 1986).

● ● ●
GAUDÍ EN LA PANTALLA

El gran premio del segundo Festival Internacional de Películas de Arquitectura y Urbanismo de Lausana (3-5 de noviembre de 1989) fue otorgado a *Gaudí* de Manuel Huerga (España, 1988, 35 mm en blanco y negro, 57 minutos). El documento recorre las fechas importantes de la vida del gran arquitecto barcelonés, pero describe también el ambiente de la época.

● ● ●
LA ENZIMA Y LA MOMIA

Por primera vez un grupo de científicos alemanes de la Universidad de Tubinga han demostrado que una proteína enzimática humana, tomada de una momia de 3100 años de edad, se encontraba en perfecto "estado de funcionamiento". Extrajeron la enzima, llamada "superóxido dismutasa", de los tejidos cerebrales de la momia y probaron que la actividad que todavía era capaz de realizar no se debía a contaminaciones bacterianas.

● ● ●
HACIA UN PLURALISMO CULTURAL

Los días 2 y 3 de noviembre de 1989 el ministro francés de la Cultura reunió en Blois a un centenar de intelectuales y artistas de todos los países europeos. Se decidió convocar en París, en 1990, una reunión oficial para debatir la "libre circulación de los bienes culturales" y crear un premio literario europeo que será concedido todos los años. Se otorgará por primera vez en Glasgow en 1990.

● ● ●
ELECCIÓN DE ABBADO

Claudio Abbado sucede a Herbert Von Karajan, fallecido el 16 de julio de 1989, en la dirección de la Orquesta Filarmónica de Berlín. Abbado fue elegido para ocupar este prestigioso puesto, por votación secreta, por los 120 músicos de la orquesta.

● ● ●
KATEB YACINE

¿Cuál es la situación del escritor en las sociedades donde el analfabetismo sigue siendo muy corriente? En su introducción a *L'œuvre en fragments* (La obra en fragmentos) de Kateb Yacine (1929-1989), el gran escritor argelino, Catherine Arnaud cuenta que en Sidi Bel Abbes el autor de *Nedjma* (1956) fue abordado por un anciano que le dijo: "Parece que eres escritor. ¡Entonces, si es cierto, siéntate y escúchame!"

● ● ●
FUERZA MORAL Y FUERZA POLÍTICA

Refiriéndose, en una entrevista, a los grandes problemas internacionales, el Secretario General de las Naciones Unidas, Sr. Javier Pérez de Cuéllar, señaló: "Yo no puedo luchar solo. Es preciso que los países miembros me ayuden. Sólo tengo una fuerza moral. La fuerza política y militar viene de las potencias del Consejo de Seguridad."

● ● ●
EL ESPECTRO DE SEVESO

Más de 13 años después de la catástrofe de Seveso, cerca de Milán, análisis realizados por los laboratorios de la Universidad de Missouri, en Estados Unidos, acaban de revelar la acumulación de una tonelada de dioxina en el subsuelo de una fábrica de productos químicos en la región de Cengio, al norte de Génova, en Italia. Alarmado, el gobierno italiano ha encomendado al Instituto Superior de Salud que realice nuevos análisis y ha resuelto invitar a expertos de la OMS a que participen en el examen de esos nuevos resultados.

● ● ●
SALVAR A LOS ELEFANTES

El 20 de octubre de 1989 finalizó en Lausana la séptima conferencia de la Convención sobre el Comercio de Especies Salvajes en Peligro de Extinción (CITES) tras haber decidido, por amplia mayoría, prohibir el comercio de marfil hasta 1992.

● ● ●
GENÉTICA Y DERECHOS HUMANOS

A fines de octubre de 1989 se celebró en París un coloquio sobre "El patrimonio genético y los derechos de la humanidad". La reunión, organizada por la Comisión de las Comunidades Europeas, la Universidad de Jussieu París-VII y la Universidad Europea de Investigaciones, contó con la participación de la Unesco, el Instituto Nacional de la Salud y la Investigación Médica (INSERM) y los ministerios de Investigación y Tecnología y de Relaciones Exteriores de Francia. Por primera vez un grupo de biólogos tuvo la oportunidad de discutir con médicos, filósofos, juristas e investigadores en ciencias humanas acerca de todo aquello que concierne a la investigación sobre los genes.

● ● ●
EL CNRS CUMPLE 50 AÑOS

El CNRS (Centro Nacional de Investigaciones Científicas de Francia), creado por un decreto ley del 19 de octubre de 1939, acaba de celebrar su cincuentenario. Con un presupuesto superior a los 9 mil millones de francos, cerca de 26.000 empleados (investigadores, ingenieros, técnicos y personal administrativo) y 1.300 laboratorios (propios o asociados), el CNRS, que ha establecido convenios de cooperación con 55 centros extranjeros, es hoy en día el mayor organismo de investigación de Europa.

● ● ●
PSIQUIATRÍA Y MEDIO AMBIENTE

Más de 4.600 psiquiatras procedentes de 81 países participaron en el octavo Congreso Mundial de Psiquiatría (Atenas, 12-19 de octubre de 1989). Los participantes reconocieron el papel "muy importante" que desempeña el medio ambiente, junto con los factores genéticos, en las enfermedades mentales y su tratamiento. Llegaron a la conclusión de que es necesario eliminar a largo plazo los hospitales psiquiátricos atestados de enfermos.

● ● ●
PRONTO JÚPITER

El 18 de octubre de 1989 el transbordador espacial norteamericano Atlantis lanzó la sonda Galileo para un largo viaje de 6 años. Después de haber recorrido unos 3 900 millones de kilómetros, Galileo llegará cerca de Júpiter en julio de 1995, desde donde iniciará una exploración detallada de ese planeta y de los 16 satélites que se le conocen actualmente. Los científicos esperan con impaciencia los datos que transmitirá a lo largo de su viaje. Un paso más en el conocimiento del universo.

● ● ●
KASPAROV DERROTA A LA COMPUTADORA

El campeón mundial de ajedrez Garri Kasparov, de la Unión Soviética, derrotó a Deep Thought (Pensamiento Profundo), una poderosa computadora creada por los estudiantes graduados de la Universidad Carnegie-Mellon de Pittsburgh, Estados Unidos. En la primera de las dos partidas, la computadora se retiró después de la 52ª jugada de Kasparov y veinte horas de juego. En la segunda, Deep Thought se rindió después de 37 jugadas y dos horas. La computadora es capaz de analizar hasta 700.000 posiciones posibles por segundo y de 5 a 20 jugadas por anticipado para cada contrincante. "Es un buen jugador, afirmó Kasparov, pero carece de táctica y de experiencia."

● ● ●
¿NACIMIENTO DE UNA NUEVA ORGANIZACION INTERNACIONAL?

Los representantes personales de los jefes de Estado y de gobierno de 15 países de América Latina, África y Asia se reunieron el 6 y el 7 de noviembre de 1989 en Ginebra para consultarse sobre los primeros elementos de un "plan de acción para la cooperación Sur/Sur". Celebrarán su primera cumbre en mayo de 1990, probablemente en la India.

EL COMBATE DEL DÍA Y DE LA NOCHE

POR ABDOL-HOSSEYN ZARRINKOUB

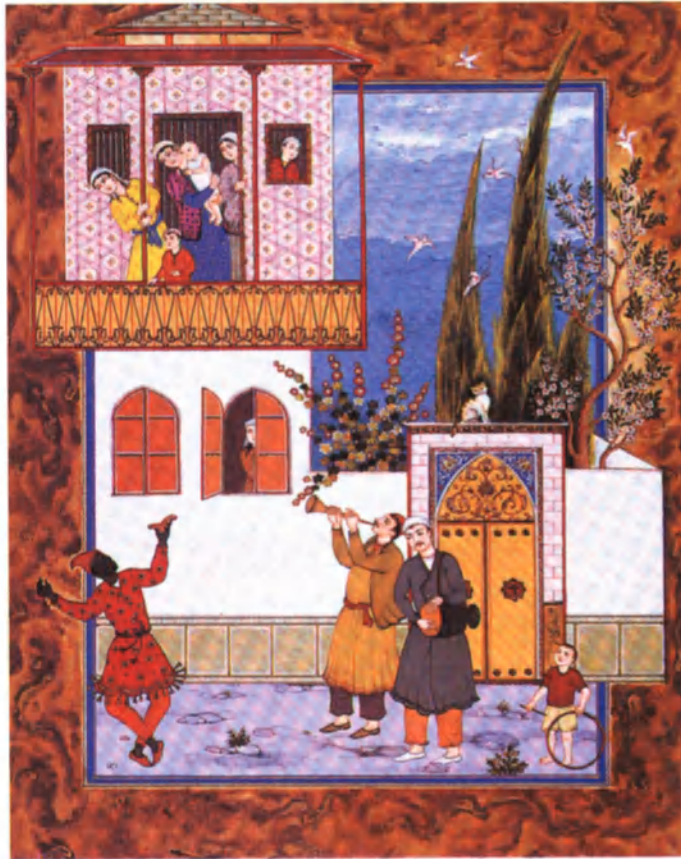
TODOS los iraníes, cualesquiera que sean sus creencias religiosas, su lengua, sus orígenes o el lugar de su residencia, tienen un profundo apego por el *Nowruz* (Año Nuevo). Esta fiesta, que no pertenece al calendario lunar islámico, abre el año solar el primer día de la primavera (21 de marzo). De todas las fiestas iraníes, es la más larga —dos semanas aproximadamente— y, por sus ritos, la más rica en significación simbólica.

El ceremonial comprende tanto costumbres de fiestas preislámicas como ritos introducidos por habitantes de origen no iraní, por ejemplo los judíos, e incluso elementos tomados de otros países.

Dos semanas antes del *Nowruz*, de acuerdo con la costumbre, se prepara en la casa un plato donde crecen brotes de cereales (trigo, cebada o lentejas) como presagio de una buena cosecha o garantía de fecundidad. A este rito significativo siguen dos grandes celebraciones preparatorias del *Nowruz* propiamente dicho que marcan los dos últimos días del año.

El "Miércoles de las ascuas" (*Chaharshamba-suri*), al caer la noche, se enciende fuego con un montón de ramas de espino y de otras plantas secas. Todos, hombres y mujeres, jóvenes y viejos saltan por encima de las llamas gritando: "¡Fuego que quemas! ¡Fuego! ¡Fuego! ¡Que tu rojo venga hacia mí y que mi amarillo vaya hacia tí!" La luz de la llama simboliza en este caso el sol. Al desafiar al astro que se pone a rivalizar con el fuego, a brillar más intensamente, se le incita a salir de su adormecimiento invernal. Una vez apagada la hoguera, se llenan de agua o de objetos diversos cubos y jarrones de barro cocido que se lanzan desde lo alto de la casa repitiendo "¡Dard-o bala! ¡Dard-o bala!" ("¡Dolor y desgracia!"). Como el miércoles se considera tradicionalmente un día nefasto, se conjura así la mala suerte expulsando simbólicamente la desgracia del hogar.

Este día se procura conocer el por-



Fiesta del Nowruz (1984), de Morteza Rafii.

venir. La lectura de los presagios cobra diferentes formas. Así, las mujeres que desean un hijo, las jóvenes que no han encontrado marido, los hombres que quieren concluir satisfactoriamente un negocio o incluso casarse, se dirigen entonces a las calles, a las esquinas o permanecen tras las puertas cerradas para escuchar las palabras intercambiadas de improviso por personas desconocidas. Interpretan éstas como augurios y, por los votos y las plegarias que dicen entonces, tratan de alejar el destino nefasto que los amenaza. Otra costumbre consiste en que mujeres y niños disfrazados, con el rostro oculto, salen a la calle a la hora del crepúsculo, con un recipiente vacío en la mano, y golpean a la puerta de las casas con una cuchara. Mudos, golpean hasta que alguien les abre y les da un regalo.

La segunda celebración de fin de

año, el "Día del pago" (*ruz-e barat*), no es otra cosa que el día de los muertos iraní. El último jueves se distribuyen en el cementerio limosnas y donaciones: dinero, alimentos, golosinas (*halva*) o vestidos nuevos para que los pobres puedan celebrar la fiesta y, por último, se hace una limpieza a fondo de la casa —vestigio de una fiesta preislámica. Los vivos se granjean así la benevolencia de los antepasados y pagan sus deudas a los difuntos.

Purificación y fuegos artificiales

La gran limpieza (*Khana Takani*) que se hace antes del año nuevo va más allá de una operación de este tipo. En toda la casa, desde los tapices hasta la ropa de cama, todo se renueva. Es necesario purificar la morada en vísperas de una vida nueva, como hacen los seres humanos gracias a ablu-

ciones completas, el aseo del rostro y el empleo de vestidos nuevos —actos todos de carácter simbólico.

En las ceremonias del año nuevo se colocan sobre el mantel el plato de los vegetales y la bandeja de los "siete *sin*" frente a un espejo iluminado por un número de velas equivalente al de las personas que viven en la casa, un ejemplar del Corán, un tazón de leche, otro de yogur y monedas para los regalos. Mientras esperan la hora del año nuevo, los padres y otras personas de más años rezan por que el año sea favorable o recitan el Corán para asegurar la bendición y la felicidad de la familia. Poco después se comen golosinas, a fin de que la boca esté llena de cosas dulces, presagio de un año feliz.

La bandeja de los "siete *sin*" contiene siete productos cuyo nombre, en persa, en turco o en árabe, comienza por la letra *sin*, inicial de las palabras persas "verde" (*sabz*) y "blanco" (*safid*), colores que simbolizan: uno la primavera y la renovación y el otro la pureza antidemoniaca. Hoy la tradición ha evolucionado; cada cual puede elegir a su gusto siete elementos que representan la renovación, la creación, la abundancia o la riqueza. El número siete, como entre los babilonios y los antiguos hebreos, es un número sagrado ligado a la idea de Creación, la cual impregna todo el simbolismo del *Nowruz*.

La noche que precede al año nuevo se enciende un fuego artificial en el patio de la casa o en la terraza.

ABDOL-HOSSEYN ZARRINKOUB, historiador iraní especializado en literatura oriental, es profesor de historia de la Universidad de Teherán y autor de más de treinta libros. Su última obra es un estudio sobre el poeta persa Hafiz.

Símbolo del combate entre el invierno, sombrío y triste, y la primavera, clara y jubilosa, el fuego artificial, que encarna la victoria del fuego sobre la sombra, reactualiza el momento en que el mundo de las tinieblas es atacado por el mundo de la luz y en el que comienza la Creación.

Retorno al paraíso

La mañana del gran día, además de las monedas y los pasteles, se dan a los niños huevos duros decorados, pintados o envueltos en papel de regalo. Se han cocido en una decocción de tela de cebolla, de cáscara de nuez o de paja, que les da un color verde, marrón o amarillo. Símbolos del revivir del mundo y de la renovación, son también una garantía de fecundidad.

Del primero al decimotercer día del año transcurre el periodo de los festejos: los niños sólo piensan en jugar y los adultos en hacerse visitas. Esos días de alegría están destinados en realidad a recobrar la pureza y la igualdad originales. Las relaciones con el medio empiezan de nuevo. Se va donde las personas de rango elevado pero también donde los humildes; se suprimen los periodos de

duelo para los difuntos del año transcurrido; se rompe, sin caer por ello en la licencia, con el peso de las convenciones. Se eliminan las diferencias sociales: para todos, ricos y pobres, la misma alimentación, las mismas diversiones y los mismos vestidos nuevos de colores vivos. En los campos como en la fábrica el trabajo se detiene. Todos los ritos cumplidos entonces evocan un paraíso perdido — el paraíso terrestre de los orígenes en el que el soplo divino suscita entre los hombres un afán de fraternidad espiritual y los une en la igualdad.

El "Decimotercer día fuera" (*sizdah bedar*) se expulsa de la ciudad a la montura del demonio del frío. Y se arrojan al agua del río los cereales que han crecido en el plato de los vegetales. Previamente los ancianos los han examinado para predecir el tiempo que hará durante los doce meses del año.

Ese día debe marcar el feliz comienzo del año. Por lo general, se organiza con amigos y vecinos una comida campestre colectiva durante la cual se consumirá una sopa de fideos o distintos tipos de arroz con salsa. Se visitan los arroyos que han crecido al fundirse las nieves. Los muchachos



El mantel del Nowruz.

se entregan a los deportes y juegos tradicionales y las jóvenes trenzan hierbas canturreando en voz baja: "¡El decimotercer día, el año próximo, en casa de mi marido, con un niño en los brazos!" Ningún conflicto debe producirse ese día.

En los ritos del *Nowruz*, cualquiera que sea su origen, se repite siempre el rasgo siguiente: el conflicto entre la luz y las tinieblas, según el viejo dualismo zoroástrico. No es casual que la leyenda atribuya la invención de esta fiesta a Yamshid o a Fereidún, reyes legendarios y héroes divinos,

que triunfan sobre las fuerzas oscuras. Pero si el Islam ha confirmado esta fiesta zoroástrica es por el papel que desempeña en la estabilización del año tributario. A la vez que por el carácter jovial y alegre de las ceremonias que la acompañan, sumamente apreciadas en la corte de los califas y los sultanes. Por último, el canto y la música, inseparables del *Nowruz*, explican el interés de los medios sufistas por esta fiesta. ■

RECUERDO DEL CARNAVAL DE LUANDA

POR DOMINGOS VAN-DUNEM

PARTE de mi niñez transcurrió en Museke Marçal, un barrio pobre de Luanda donde, como se decía entonces, "los niños sólo se bañan cuando la lluvia llena la laguna de Moreira". Allí, hace unos cincuenta años, tuve el privilegio agrídulce de asistir con mi familia al espectáculo grandioso y popular del carnaval luandés.

En aquel entonces existía un sistema de *quartéis* (barrios) que delimitaban el territorio de las grandes *turmas*, grupos populares que animaban el carnaval y que contaban cada uno con un "rey". Las más famosas eran *O Coração* (El Corazón) y *Os Invejados* (Los envidiosos). Allí se practicaba la *kazukuta*, especie de torneo verbal que todavía hoy es la expresión más típica del folklore luandés.

Las *turmas* se movilizaban a partir del mes de diciembre. Los integrantes con más dotes musicales ensayaban canciones en kimbundu —una de las lenguas nacionales— si trataban temas inhabituales o satíricos y en portugués o en ambas lenguas si eran inofensivas o ambiguas. Estas reuniones, en casas particulares o en salas alquiladas, se mantenían en secreto, so pena de un castigo despiadado. Lo mismo sucedía con los ensayos de danzas.

El carnaval sustentaba una pequeña industria, en particular el arte de la hojalatería. Todavía se recuerda a Domingos Veneno —así llamado porque pese a su apariencia endeble era un luchador temible—, quien en el mayor secreto fabricaba todo tipo



de farolillos, objetos decorados con imágenes y amuletos, exclusivamente para *O Coração*, del que era uno de los más fervientes seguidores. Otros dibujantes y modistas trabajaban también a escondidas para sus grupos predilectos.

El primer domingo de enero se llevaba a cabo el primer ensayo público y el sábado de carnaval el ensayo general. Ese día, además, se pedía a la divinidad que el carnaval transcurriera en paz y tranquilidad. Pero hay que reconocer que a menudo estallaban violentas peleas entre las *turmas*.

El domingo, muy temprano, en la entrada de los barrios y ante una chiquillería entusiasta se izaban las banderas de las *turmas* que iban a competir. Un poco más tarde los



mozos más gallardos las paseaban por los principales barrios en medio de la gritería y los aplausos de la multitud. Grupos cada vez más numerosos se sumaban al cortejo que los acompañaba hasta Ambuilas, un terreno de deportes en un descampado. Allí desfilaban los grupos rivales. El más aplaudido era el ganador y el veredicto popular se aceptaba sin discusión.

Por la tarde las chozas quedaban desiertas. Por nada en el mundo alguien se hubiera perdido la fiesta. Afluyó gente de todas partes, incluso de pueblos vecinos. Era el momento de exaltación suprema. Los miembros de las *turmas* llevaban máscaras de diablos y disfraces espléndidos que despertaban admiración. Silbatos y trompetas rasgaban el aire, acompañados por el redoble de los tambores y los cantos en coro. Se regresaba entonces al terreno de Ambuilas para una nueva competición.

O Coração y *A fineza* (La finura), rivales irreductibles, sometían sus disfraces al juicio del público.

El rey de *A fineza*, Kamalundu, un zapatero de ojos saltones, se mantenía ligeramente inclinado con un aire majestuoso. Agitaba la mano derecha enfundada en una caja de hojalata en forma de guante —que, con la ban-

dera, constituía el emblema de las *turmas*.

En ese momento hacía su aparición el rey enemigo, ¡el rey Epifanio en persona! También levemente curvado, blandía un guante que, hojalatero de oficio, él mismo había fabricado. Ambos salían a la palestra muy orgullosos haciendo resaltar la belleza de sus trajes inspirados en las vestimentas regias de la vieja Europa. Lucían coronas relucientes —que nosotros llamábamos cascós— también de hojalata y decoradas según el gusto de cada uno para deslumbrar a la concurrencia.

Todos bailaban con frenesí. Los reyes, en medio de sus respectivas cortes, dominaban las *turmas* rodeadas de disfrazados, unos con capas negras —emblema de los estudiantes que nunca llegarían a ser—, otros con batas de médico o de enfermero. Los diferentes grupos se dirigían hacia el palacio para homenajear al gobernador que, desde el balcón y junto a los invitados de honor, saludaba a los *foliões*, los "alocados".

El martes era el día de todos los excesos. Nadie se detenía a descansar. Una muchedumbre densa iba de un lado a otro tratando de disfrutar al máximo. Los aficionados a las puyas se ponían a prueba en la *kazakuta*,

que desataba un raudal incesante de carcajadas. Los *kazakuteiros* se burlaban de todo el mundo y de todas las miserias y los absurdos de la vida.

¿Cómo no sucumbir al encanto de esas lavanderas que con sus sátiras certeras ridiculizaban a las "damas" de hoy que ayer todavía eran simples sirvientas? Las verduleras remedaban sus disputas con los clientes que refunfuñaban siempre ya porque la mercancía no era buena, ya porque era demasiado cara...

Ese día el gobernador daba asueto, y había que aprovechar cada instante como si el mundo se fuera a acabar, como si se temiera perder para siempre las alegrías y las delicias de esa fiesta sin igual. Una loca exaltación se apoderaba de hombres y mujeres. Deambulando de un lado a otro, una madre golpeaba desesperadamente una lata con una mano ya fatigada preguntando si alguien había visto a su hijo, perdido en medio de la batahola general.

Las jóvenes con antifaz y vestidas de blanco revoloteaban de un lado a otro como mariposas, excitando la curiosidad de los varones y los celos de los enamorados.

Así, la fiesta del carnaval se prolongaba hasta el miércoles, miércoles de ceniza según el calendario litúrgico pero también miércoles de los *mabangas* —la buena conchilla, la de la suerte.

Todo el mundo estaba cansado y las máscaras empezaban a desbaratarse. Entre cuatro personas se tenía una sábana para recolectar donativos destinados a la compra de *mabangas*. Con esos mariscos, que abundan en la región, se preparaba el plato principal del día. Durante la comida, acompañada de abundante bebida, se realizaba el balance del año y se hacían planes para el futuro. ■

DOMINGOS VAN-DUNEM, angoleño, es periodista, novelista y autor de estudios sociolingüísticos. Actualmente es embajador y delegado permanente de su país ante la Unesco. Entre sus últimas obras cabe mencionar un pieza teatral titulada *O panfleto*, publicada en 1988.



UNA LECCIÓN DE PAZ

POR HOWARD BRABYN

AL recorrer la antigua cantera recubierta de césped que ahora forma parte de los jardines del Museo para la Paz de Caen (Normandía), tal vez la mirada del visitante se detenga en un pequeño árbol recién plantado de apariencia insignificante.

Mide menos de dos metros y nada lo distingue de los otros árboles del jardín, excepto una placa que informa a los curiosos de que se trata de una *sequoia sempervivens*, un pino gigante de California donado por el pueblo de Estados Unidos que un día dominará majestuosamente a sus vecinos desde sus noventa metros o más de altura.

Inaugurado en 1988, el Museo para la Paz se creó a la memoria de las víctimas del desembarco de Normandía, la batalla más grande de la historia. Es también un homenaje al pueblo de Caen que vio su ciudad convertida en ruinas durante su lucha por la libertad.

Pero el Museo no es un monumento conmemorativo más, ni un museo de la guerra lleno de trofeos polvorientos consagrado a la glorificación exagerada del vencedor. Es un monumento a la libertad y un lugar en el que se estudian las causas de los conflictos y la manera de evitarlos. El Museo está en vías de convertirse en la primera universidad del mundo consagrada a la paz.

Treinta y cuatro estudiantes norteamericanos han sido elegidos para participar este mes de enero en un primer programa de estudios en la Universidad de Texas, Austin, patrocinado por la Fundación Estados Unidos/Normandía y preparado por un grupo de destacados historiadores norteamericanos. Tras cuatro semanas en la Universidad de Texas, los participantes pasarán otras

ocho en el Museo para la Paz antes de regresar a Austin para seguir las dos últimas semanas del curso.

Según Anthony Stout, presidente de la Fundación Estados Unidos/Normandía, cuyo padre colaboró con el general Eisenhower en la preparación y ejecución del desembarco de Normandía, "el curso se basará en el ejemplo de la Segunda Guerra Mundial para analizar cómo un pueblo se ve envuelto en la guerra incluso cuando no quiere participar en ella".

El programa incluye un estudio en profundidad de la situación de Europa antes, durante y después de las dos guerras mundiales que versará sobre las siguientes cuestiones:

- ¿Cómo fue posible que la Segunda Guerra Mundial estallara tan poco tiempo después de otro conflicto terrible en el que se enfrentaron los mismos países? ¿Hubiera sido posible evitarla?
- ¿Por qué los aliados aplazaron el momento de enfrentar a los nazis hasta que fuera casi demasiado tarde?
- ¿En qué medida influyeron los factores económicos en el estallido de la guerra?
- ¿Qué papel desempeñaron los medios de comunicación, las iglesias y otras instituciones?

Estos y muchos otros interrogantes que la guerra suscita son hoy tan esenciales para el mantenimiento de la paz como lo fueron en 1939. Muchos de ellos constituyen los problemas fundamentales que se plantean a los dirigentes en la actualidad y que las sociedades que se aproximan al tercer milenio deberán afrontar.

El primer programa piloto comprenderá cuatro cursos principales consagrados a la situación económica, la historia

de la cultura y del pensamiento de Francia en el contexto europeo desde 1880, los medios de comunicación y el papel desempeñado por cada uno de ellos, así como a las políticas y estrategias nacionales antes y durante el conflicto.

El Museo para la Paz constituye un marco ideal para realizar estudios de este tipo. Situado en los alrededores de la ciudad de Caen, centro neurálgico de la batalla de Normandía, a pocos kilómetros de las playas donde desembarcaron las fuerzas aliadas, fue construido sobre el búnker subterráneo donde se encontraba el puesto de mando del general Wilhelm Richter, comandante de la 716 división de infantería alemana a la que se enfrentaron las fuerzas anglo-canadienses que avanzaban hacia Caen. Aun hoy son numerosos los habitantes de la región que recuerdan la vida durante la ocupación nazi y los combates encarnizados que durante 76 días asolaron Normandía.

El Museo ofrece un viaje a través de la historia que comienza con la firma del armisticio en 1918. Una espectacular rampa que desciende en espiral conduce al visitante a través de una exposición de fotografías, carteles y presentaciones audiovisuales que hacen revivir este periodo hasta 1938. Los documentos, que describen "el derrumbe de la paz y la aparición de los dictadores", no sólo evocan acontecimientos políticos como la llegada al poder de Hitler o el *Anschluss*, sino que presentan también el telón de fondo de la época a través del jazz, la crisis económica o el hundimiento de la bolsa de Wall Street en 1929.

El descenso termina en el interior de una vasta bóveda oscura donde se pro-

yecta una fotografía gigantesca y borrosa de Hitler bajo una siniestra luz violácea, con un discurso amenazante y confuso del dictador como fondo sonoro. El mundo se hallaba entonces al borde del abismo.

La visita continúa a través de una serie de salas donde se presentan, sucesivamente, la capitulación francesa en 1940, Francia durante la ocupación nazi y el gobierno de Vichy; el horror de la persecución nazi contra los civiles y los resistentes; los problemas cotidianos de abastecimiento; la entrada de Estados Unidos en el conflicto y el periodo de la "guerra total"; una alusión discreta a las deportaciones, los campos de concentración y el genocidio del pueblo judío; y, por último, una serie de filmes sobre las batallas decisivas: las de Inglaterra, Midsya, El Alamein, Guadalcanal, Stalingrado.

En las salas siguientes, más convencionales, se exponen armas y material bélico que constituyen un testimonio del desarrollo tecnológico e industrial que las necesidades de la guerra suscitaron.

Tras subir unos pocos escalones, el visitante entra en una sala donde se proyecta simultáneamente en tres pantallas panorámicas un filme espectacular que presenta el desembarco visto desde el campo de los aliados y desde el campo alemán.

El broche final de la visita consiste en una película en favor de la libertad y de los derechos humanos, en la que se expone la filosofía que anima al Museo y que aporta un mensaje de paz y esperanza.

Refiriéndose al Museo, Jean-Marie Girault, senador y alcalde de Caen, afirma: "Nuestro propósito es lograr que todos los hombres y mujeres que visitan el Museo tomen conciencia de que las amenazas que se ciernen sobre la libertad no pertenecen sólo al pasado sino que están presentes también en el mundo contemporáneo, y que la tarea de cada cual consiste en redoblar sus esfuerzos en favor de la paz, la fraternidad y la solidaridad."

El Museo para la Paz de Caen cumple plenamente con el propósito que se ha fijado. No hallaremos en él una glorificación de la guerra sino una inolvidable lección de paz. ■



HOWARD BRABYN es un escritor y periodista británico establecido en París. Ha sido redactor de la edición inglesa de *El Correo de la Unesco*.

Los lectores nos escriben

Créditos
fotográficos



¡En vez de fumar, lean El Correo!

Estoy muy satisfecho con la mejora de la calidad y de las ilustraciones de su revista. Ahora bien, según las reacciones de mis alumnos, el precio de la suscripción parece superar los medios de que disponen. Sin embargo, les resulta más barato que comprar cigarrillos...

Paul Fidani
Lycée Montmajour, Arles (Francia)

Matemáticas árabes y sabios persas

En su número de noviembre de 1989, "Viaje al país de las matemáticas", me ha interesado muy particularmente el artículo de mi colega Roshdi Rashed sobre las matemáticas árabes y desearía al respecto formular algunas observaciones.

Si no he entendido mal, el autor ha agrupado bajo la expresión "matemáticas árabes" a todos los sabios que redactaron y publicaron sus descubrimientos en lengua árabe. La denominación es cómoda pues, en efecto, la mayor parte de los científicos y pensadores del mundo musulmán emplearon esa lengua.

Sin embargo, estimo oportuno recordar que también algunos no árabes redactaron sus trabajos científicos en árabe. Así, me parece importante señalar que varios de los sabios citados en el artículo de R. Rashed son iraníes —como Jarazmi (y no al-Jwarizmi) y Jaiyam (y no al-Jayam). Por otra parte, algunos de ellos han dejado una obra poética y literaria en su lengua materna. Las cuartetas de Omar Jaiyam son un monumento de la literatura persa, y no de la árabe.

No me mueve una actitud chovinista, sino el afán de situar los hechos culturales en su justa dimensión y, en particular, poner de relieve que el mundo musulmán desborda ampliamente la cultura de lengua árabe.

Yann Richard
Châtenay-Malabry (Francia)

Lo innato y lo adquirido

Una afirmación contenida en el artículo "El mapa del genoma humano" de Jacques Richardson, publicado en la sección "La ciencia y el hombre" de su número de septiembre de 1989, me ha irritado. Es la siguiente: "En el proceso de reproducción, el padre y la madre aportan cada uno un gen correspondiente a cada par de cromosomas de su progenitura. Las diversas combinaciones de semejanzas y de diferencias dan lugar a personas (...) mentalmente normales, con dotes musicales o manuales, aficionadas o no al deporte..."

No soy especialista en biología, pero me intereso por ese tema desde hace tiempo, en particular la genética con todas sus grandes perspectivas. De acuerdo con todo lo que he leído y oído, la idea de que la inteligencia, el genio, e incluso los gustos, dependerían de la identidad genética corresponde más bien a la ideología que a la ciencia.

Sé que los artículos que aparecen en *El Correo de la Unesco* "no expresan forzosamente la opinión de la Unesco ni de la Redacción", pero temo que esas palabras tengan consecuencias demasiado importantes para todos los seres humanos como para dejarlas pasar sin decir nada.

Christophe Meslin
Athis-Mons (Francia)

Mensaje de paz de Anatolia

Tema: "Puesto que las guerras nacen en la mente de los hombres, es en la mente de los hombres donde deben erigirse los baluartes de la paz."

Ignoro lo que será la tercera guerra mundial, dijo Einstein, pero la cuarta se hará a pedradas y a garrotazos. Las dos guerras mundiales fueron sumamente crueles para la humanidad, y sin embargo hay todavía quienes se obstinan en hacer la guerra. ¡Qué lástima!

La única solución consiste en la educación. El espíritu de paz debe inculcarse a los jóvenes desde la primera infancia. Es necesario que odien la guerra. A los partidarios de la guerra deben tenderles flores y ramos de olivo. La guerra no ha de imponerse sobre la razón.

Orhan Vatansever
Anatolia (Turquía)

Una idea para salvar el mundo

El tema del número de junio de 1989 era "1789, una idea que transformó el mundo". Hoy día, doscientos años más tarde, necesitaríamos nuevas ideas para salvaguardar la vida de nuestro planeta.

Los problemas del medio ambiente y los conflictos regionales son los grandes desafíos que enfrenta la humanidad. Ahora bien, curiosamente, los que abordan esos problemas nunca llegan a la única conclusión lógica, a saber que la humanidad sólo puede conjurar el desastre universal formando una federación mundial.

La idea no es reciente. Hace cuarenta años, a Albert Einstein le parecía ineludible...

Todavía estamos a tiempo para sacudir nuestra indiferencia —ahora, antes de que nuestro *Titanic* común se hunda, antes de que nos arrastre a una noche sin fin.

Zeev Raphael
Haifa (Israel)

Berlioz, héroe de la Eneida

Lamento que en "Eneas, un héroe de nuestro tiempo" (septiembre de 1989), Jean-Paul Brisson no haya aludido a la que, según tengo entendido, es la única obra moderna importante que se refiere a la *Eneida*: la ópera *Los troyanos* de Berlioz. Este compositor estaba familiarizado con la *Eneida*, que había leído en el texto latino desde su juventud, convirtiéndola en el tema de su última obra, culminación de toda su labor musical.

¡Berlioz sigue siendo poco conocido, incluso en su propio país! ¿Sería posible que *El Correo* le rinda, en uno de sus próximos números, el homenaje que merece?

Jean-Michel Cuzin
Sceaux (Francia)

Deseo cumplido

Estoy suscrito desde hace un año a *El Correo de la Unesco* y me parece que ustedes no han dedicado un número a la economía. El tema me interesaría particularmente para la continuación de mis estudios (tengo quince años y medio) en la sección económica.

David-Pierre Gagneur
Saint-Denis (Francia)

Portada: Princlle © *Correo de la Unesco*. Portada posterior, páginas 24, 25 (arriba): © Charles Lenars, París. Página 2: © Delia Nimmo, París. Páginas 5, 6, 7: © *Cahiers du Cinéma*, París. Página 8: © SCALA, Florencia. Páginas 10, 12 (arriba y abajo): © Musée de l'Homme, París. Páginas 10-11: D. Destable © Musée de l'Homme, París. Página 11 (arriba): D. Ponsard © Musée de l'Homme, París. Páginas 13 (arriba izquierda y derecha, abajo), 14 (izquierda), 15, 26, 28, 29, 32, 34 (arriba), 35 (abajo), 37, 42 (arriba), 43 (arriba): © Bibliothèque Nationale, París. Página 13 (centro): © Peter Clayton, Reino Unido. Páginas 14 (derecha), 34 (abajo): Roger Viollet, París. Páginas 16-17: René Percheron © Artophot, París. Página 17: Fred Mayer © Magnum, París. Página 18 (izquierda): René Burri © Magnum, París; (derecha): J.M. Fatun © Jacana, París. Página 19: S. Cordier © Jacana, París. Página 20: George Rodger © Magnum, París. Páginas 21, 25 (abajo): Oster © Musée de l'Homme, París. Página 22, 23: R. König © Jacana, París. Páginas 26-27: Amedeo Vergani © Rapho, París. Página 30: H. Gruyvaert © Magnum, París. Página 31: © Sotheby's Inc., Nueva York. Páginas 32-33: © Réunion de Musées Nationaux, Musée du Louvre, París. Página 35 (arriba): Nimatallah © Artophot, París. Páginas 36-37: © Isia Leviant, París. Página 38 (arriba): © Boyer Viollet, París. Páginas 38 (centro), 38-39: Colección Viollet, París. Página 39 (arriba): © Harlingue Viollet, París. Página 40: Gigli © Rapho, París. Página 41: Allan Carruthers © Cosmos, París. Páginas 42 (abajo), 43 (centro): © Jean-Loup Charmet, París. Página 43 (abajo): © Archives Ringart, París. Página 44: De Jardin © Rapho, París. Páginas 46, 47 (arriba): © Morteza Rafii, París. Páginas 47 (abajo), 48: © Photothèque DIP/MPLA-PT, tomado de *Angola, trabalho e luta*. Páginas 48, 49: © Patricia Canino.

Los servicios de la Unesco...

Para sus reuniones, seminarios o coloquios, la Unesco puede poner a su disposición varias salas, de diferente capacidad, así como la larga experiencia de sus servicios de restaurante y bar (cafetería, colaciones, banquetes). Para obtener más datos, se ruega telefonar al 45.68.15.97 o 45.68.15.99.



AÑO XLIII

Revista mensual publicada en 34 idiomas
y en braille
por la Organización de las Naciones Unidas para
la Educación, la Ciencia y la Cultura.

31, rue François Bonvin, 75015 París, Francia.

Teléfono:

PARA COMUNICARSE DIRECTAMENTE CON LAS PERSONAS QUE
FIGURAN A CONTINUACIÓN MARQUE EL 45 68 SEGUIDO DE LAS
CIFRAS QUE APARECEN ENTRE PARENTESIS JUNTO A SU NOMBRE.

Director: Bahgat Elnadi
Jefe de redacción: Adel Rifaat

REDACCIÓN EN LA SEDE (PARÍS)

Secretaría de redacción: Gillian Whitcomb
Español: Miguel Labarca, Araceli Ortiz de Urbina
Francés: Alain Lévêque, Neda El Khazen
Inglés: Roy Malkin, Caroline Lawrence
Arabe: Abdelrashid Elsadek Mahmoudi
Ruso: Georgi Zelenin
Estudios e investigaciones: Fernand Ainsa
Unidad artística, fabricación: Georges Servat
Ilustración: Ariane Bailey (46.90)
Documentación: Violette Ringelstein (46.85)
Relaciones con las ediciones fuera de la Sede:
Solange Belin
Relaciones con el público: Claudie Duhamel (45.86)
Secretaría de dirección: Annie Brachet (47.15),
Mouna Chatta
**Ediciones en braille en español, francés, inglés y
coreano:** Marie-Dominique Bourgeois

EDICIONES FUERA DE LA SEDE

Ruso: Alexandre Melnikov (Moscú)
Alemán: Werner Merkli (Berna)
Italiano: Mario Guidotti (Roma)
Hindi: Krishna Kumar Singh (Delhi)
Tamul: M. Mohammed Mustafa (Madrás)
Persa: H. Sadough Vanini (Teherán)
Portugués: Benedicto Silva (Rio de Janeiro)
Neerlandés: Paul Morren (Amberes)
Turco: Mefra Ilgazer (Estambul)
Urdu: Hakim Mohammed Said (Karachi)
Catalán: Joan Carreras i Martí (Barcelona)
Malayo: Azizah Hamzah (Kuala Lumpur)
Coreano: Paik Syeung Gil (Seúl)
Swahili: Domino Rutayebesibwa (Dar-es-Salaam)
**Croato-serbio, esloveno, macedonio y serbio-
croata:** Bozidar Perković (Belgrado)
Chino: Shen Guofen (Beijing)
Búlgaro: Goran Gotev (Sofía)
Griego: Nicolas Papageorgiou (Atenas)
Cingalés: S.J. Sumanasekera Banda (Colombo)
Finés: Marjatta Oksanen (Helsinki)
Sueco: Manni Kössler (Estocolmo)
Vascuence: Gurutz Larrañaga (San Sebastián)
Tai: Savitri Suwansathit (Bangkok)
Vietnamita: Dao Tung (Hanoi)
Pashtu: Zmarai Mohaqiq (Kabul)
Hausa: Habib Alhassan (Sokoto)
Bangla: Abdullah A. M. Sharafuddin (Dacca)

PROMOCIÓN Y VENTAS

Responsable: Henry Knobil (45.88), **Asistente:** Marie-
Noëlle Branet (45.89), **Suscripciones:** Marie-Thérèse
Hardy (45.65), Jocelyne Despouy, Alpha Diakité, Jacqueline
Louise-Julie, Manichan Ngonekeo, Michel Ravassard,
Mohamed Salah El Din,

Relaciones con los agentes y los suscriptores: Ginette
Motreff (45.64), **Contabilidad:** Liliane Tasch (45.66),
Proyectos culturales: Ricardo Zamora-Pérez (45.80),
Depósito: Héctor García Sandoval (47.50)

PUBLICIDAD

Publicat: 17, Boulevard Poissonnière, 75002 París.
Tel: 40.26.51.26
Director comercial: Benoît Rosier
Director de la publicidad: Danièle Michelet

TARIFAS DE SUSCRIPCIÓN

Tel: 45.68.45.65

1 año: 126 francos franceses. 2 años: 234 francos.
Tápas para 12 números: 68 francos

Para los países en desarrollo:

1 año: 99 francos franceses. 2 años: 180 francos.
Reproducción en microfilm (1 año): 85 francos.

Pago por cheque, CCP o giro a la orden de la Unesco.

Los artículos y fotografías que no llevan el signo (copyright) pueden
reproducirse siempre que se haga constar "De El Correo de la Unesco",
el número del que han sido tomados y el nombre del autor. Deberán
enviarse a El Correo tres ejemplares de la revista o periódico que los
publique. Las fotografías reproducibles serán facilitadas por la Redacción a
quien las solicite por escrito. Los artículos firmados no expresan
forzosamente la opinión de la Unesco ni de la Redacción de la Revista.
En cambio, los títulos y los pies de fotos son de la incumbencia exclusiva
de ésta. Por último, los límites que figuran en los mapas que se publican
ocasionalmente no entrañan reconocimiento oficial alguno por parte de
las Naciones Unidas ni de la Unesco.

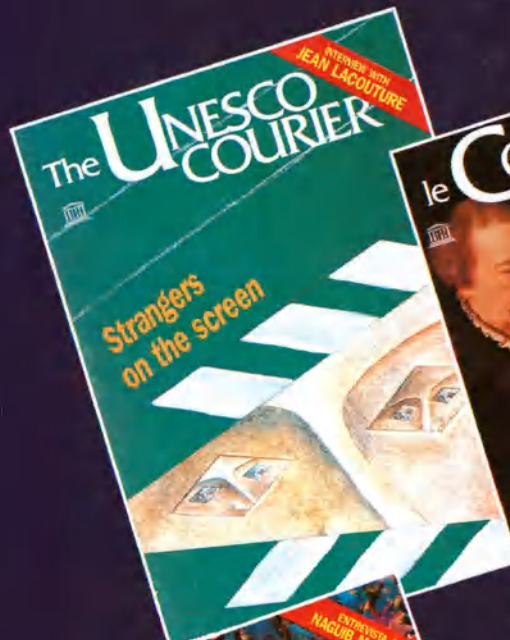
IMPRIMÉ EN FRANCE (Printed in France)
DEPOT LEGAL: C1-JANVIER 1990

Fotocomposición: El Correo de la Unesco, Fotografiado-impresión:
Maury-Imprimeur S.A., Z.I. route d'Étampes, 45330 Malesherbes

ISSN 0304 310X

NO 1 - 1990 - OPI - 89 - 3 : 476 5

Al ofrecer a un amigo una
suscripción a El Correo
de la Unesco, usted le hace
tres regalos permitiéndole:



1

Descubrir la única revista cultural
internacional que se publica en 35 lenguas
y que leen, en 120 países, cientos
de miles de lectores.

2

Explorar, cada mes,
la formidable diversidad de las
culturas y los conocimientos del mundo.

3

Asociarse a la obra de la Unesco que apunta
a promover "el respeto universal a la justicia,
a la ley, a los derechos humanos y a las libertades
fundamentales (...) sin distinción
de raza, sexo, idioma o religión..."

